



PRECIO: \$ 1.- m/n.
EL EJEMPLAR: : : :

COMPANIA IMPRESORA ARGENTINA
ALSINA 2049 — BUENOS AIRES

4725
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.aahra.com.ar



SINTEISIS

DIRECTOR:
XAVIER BÓVEDA

SUMARIO:

Propósitos	REDACCIÓN
"La Boda de Don Juan"	CARLOS M. NOEL
El misterio de las cosas bellas	R. CANSINOS - ASSENS
Versos a mi cama	FERNÁNDEZ MORENO
Valor educativo de la enseñanza matemática ..	J. REY PASTOR
Los estudios históricos en la República Argentina	EMILIO RAVIGNANI
Indagación de la palabra	JORGE LUIS BORGES
En los dominios de la Anterosofía	M. NÚÑEZ REGUEIRO
Góngora y el clasicismo	PABLO ROJAS PAZ
Acotaciones para una valoración subjetiva de la vida	XAVIER BÓVEDA
Bibliografía y notas	CRÍTICA



AÑO I JUNIO DE 1927 N° 1

AVISO DE SUBSCRIPCIÓN

A la Agencia General de Librería y Publicaciones
RIVADAVIA 1573 BUENOS AIRES

Sírvanse anotarme una suscripción a la Revista SINTESIS por el término de⁽¹⁾

Adjunto la suma de⁽²⁾
correspondiente a dicha suscripción.

Nombre y apellido

(bien claro)

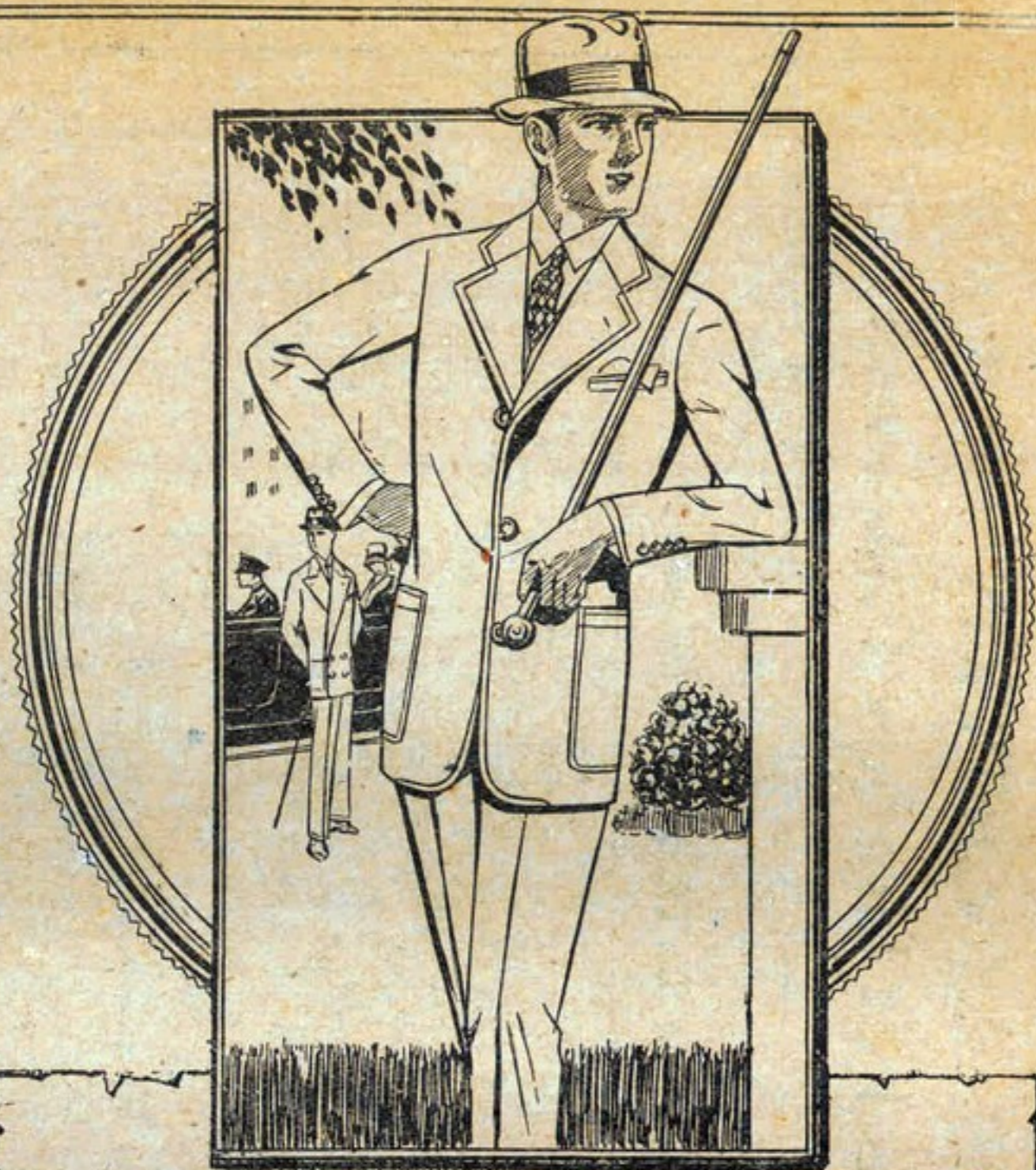
Dirección

Localidad

Firma

(1) — Seis meses, un año.

(2) — Los precios de suscripción para la República Argentina, porte comprendido, son:
Semestral.....\$ 5.50
Anual.....\$ 10.00



Vístase en nuestra
SASTRERIA

LA MEJOR
DE
SUD AME-
RICA

ACORDAMOS
CREDITOS

A PAGAR EN
10 MESES

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

CIGARRILLOS



de
20. 30. 40.
CTS.

LD

PICCARDO & CIA LTDA S. A
LIBRES DE TRUST

EL BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

equiparado por decreto del Gobierno de España a la banca nacional española, y nombrado por el Gobierno de Italia Corresponsal en Buenos Aires, del Tesoro Italiano, está en inmejorables condiciones, tanto por el número de Sucursales que posee en Europa y América, como por la extensa red de Corresponsales con que cuenta en todos los países del mundo, para atender a usted en cuantas operaciones de banca desee realizar.

CASA MATRIZ:

RECONQUISTA 200-BUENOS AIRES-REPUBLICA ARGENTINA

CON 14 AGENCIAS EN LA CAPITAL FEDERAL

SUCURSALES EN EL INTERIOR DE LA REPUBLICA

Avellaneda	Pehuajó
Azul	Pergamino
Bahía Blanca	Rafaela
Balcarce	Rosario
Córdoba	Salta
Intendente Alvear	San Juan
La Plata	San Nicolás
Lincoln	San Pedro
Mar del Plata	Santa Fe
Mendoza	Sgo. del Estero
Mercedes (B. A.)	Tres Arroyos
Nueve de Julio	Tucumán

SUCURSALES EN EL EXTRANJERO

Barcelona	París
Bilbao	Pontevedra
Coruña	San Sebastián
Génova	Sgo. de Compostela
Londres	Sevilla
Madrid	Valencia
Madrid (Agencia 1)	Vigo
Montevideo	



¡QUE RICO GUSTO!

dicen los chicos... y los mayores al tomar
una taza de

Chocolate Noel

Lo que deleita su paladar es la deliciosa combinación de cacao superior, azúcar sumamente refinado, y vainilla de la clase más pura y aromática, únicos componentes que figuran en la preparación de este producto tan sabroso, sano y nutritivo.

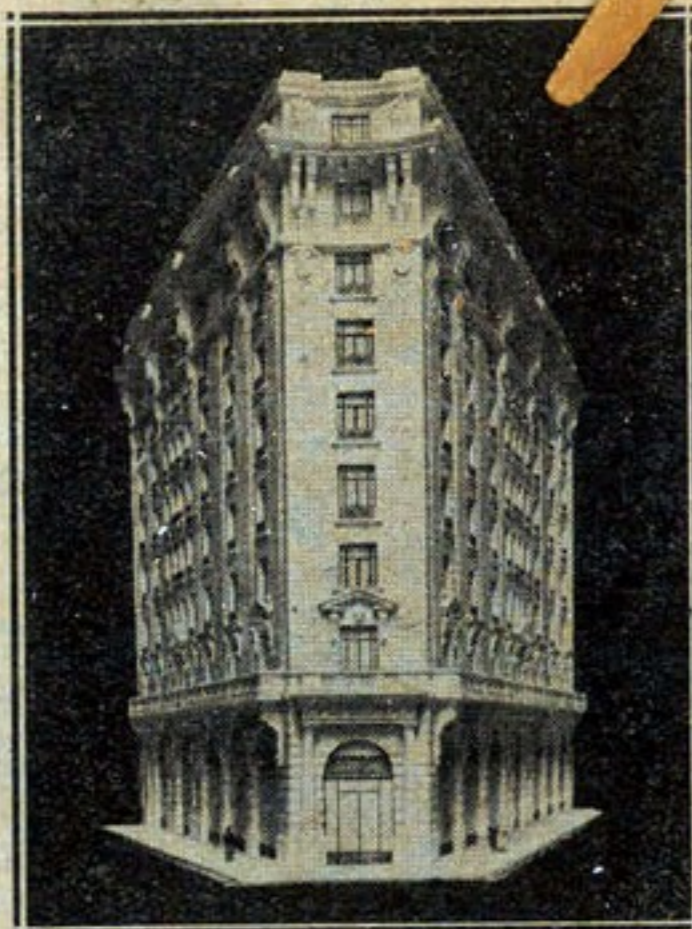


Pidaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



Noël

La marca que tiene
una fama de 80 años



Av. Pte. Roque Sáenz Peña y Rivadavia
 Nuevo edificio en construcción para la
 nueva casa matriz de la

"SUD AMERICA"

COMPAÑIA NACIONAL DE SEGUROS

Seguros en vigor.	\$ 144,000,000	%
Capital y reservas.	» 25,800,000	»
Ingresos anuales.	» 8,600,000	»

Las pólizas de seguros de la "Sud América" son las que más aceptación tienen entre el público, debido a las inmejorables garantías que ofrece y a los privilegios y ventajas extraordinarias incorporados a sus contratos de seguro.

Pída informes al representante local, o a la

"Sud América"

25 DE MAYO N.º 267

Buenos Aires

¡Alerta! siempre alerta!

Es decir: atento y vigilante debe estar Vd. cuando pide para saborear con té, café, chocolate o leche fría, los deliciosos **BAY Biscuit** -creación de Terrabusi-. Es posible que le quieran dar "imitaciones". ¡Rechácelas! Falta en ellas lo que sobra en los **BAY Biscuit**: calidad, finura, sabor y alto rinde nutritivo.

Exija los **BAY Biscuit** en este envase que es su mejor garantía.

Envoltura exterior color azul con letras rojas fileteadas en blanco.



ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi

*Con agua o con
soda helada*

BUEN APERITIVO

HESPERIDINA

RICO LICOR DESDE 1864

SINTESIS

CAFÉS, CHOCOLATES
AGUILA
Y PRODUCTOS
SAINT HERMANOS
BUENOS AIRES MONTEVIDEO
SOCIEDAD ANONIMA

CAFÉS TORRADOS "ÁGUILA"
Café "ÁGUILA" Superior

CHOCOLATES "ÁGUILA"
CHOCOLATINES
"ÁGUILA"

BOMBONES "NEC PLUS ULTRA"

Bombones TOFI Fábricas en BUENOS AIRES y MONTEVIDEO	Bombones OPHIR	Bombón COLIBRÍ 250 SUCURSALES SUDAMERICANAS
--	-------------------	---

FÁBRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CALLE HERRERA 655, BUENOS AIRES

SINTEISIS

ARTES CIENCIAS Y LETRAS



AÑO 1º.

BUENOS AIRES, JUNIO DE 1927

Nº. 1

DIRECTOR:

XAVIER BOVEDA

SECRETARIO GENERAL:

HECTOR G. RAMOS MEJIA

CONSEJO DIRECTIVO:

Coriolano Alberini — J. Rey Pastor — Emilio Ravignani

Carlos Ibarguren — Martín S. Noel — Arturo Capdevila

Jorge Luis Borges

ORNAMENTADOR:

RODOLFO FRANCO

Redacción: Rodríguez Peña 95, 1º izq. — Teléf. 38, Mayo 3138

Concesionarios exclusivos para la venta y suscripciones:

Agencia General de Librerías y Publicaciones (S. A.)

RIVADAVIA, 1573

BUENOS AIRES

25 DE MAYO, 577

MONTEVIDEO

PROPOSITOS



Es imperativo de la costumbre que a toda empresa editorial que inicia una publicación se le exija un programa mínimo.

De esta grata obligación no podrían eximirse los editores de SÍNTESIS, máxime si se tiene en cuenta que los anhelos que rigen su publicación son, si no singulares, complejos.

Entendemos que el solo rótulo de nuestra Editorial, expone, en parte, nuestras pretensiones. Aspiramos a resumir a través de nuestras columnas, y en una forma sintética, toda manifestación artística, intelectual o científica, de los pueblos de habla castellana.

Postulamos la existencia de una cultura hispano-americana y aspiramos a su difusión. Con esto úrgenos decir que nuestras preferencias habrán de orientarse siempre hacia el movimiento auroral, bellamente augurador, y pleno ya de magníficas realidades, de las naciones de América.

Los Editores de SÍNTESIS, se proponen:

Propender intensivamente a la divulgación de aquellos principios esenciales que nutren toda cultura.

Unificar la curiosidad científica e intelectual, de los pueblos de progenie hispánica.

SÍNTESIS

PROPOSITOS

Consagrar las páginas de SÍNTESIS al estudio objetivo y amplio — verdaderamente especializado — de los valores del siglo.

He ahí nuestro programa mínimo.

Sea ahora nuestro cordial saludo con la prensa y nuestra devoción y gratitud con todos.

CARLOS M. NOEL

"LA BODA DE
DON JUAN"

(DOS CAPITULOS DE UNA NOVELA INEDITA)

I

EL DE MOLINA SUFRE TENTACIONES



EN hora de soleada y fresca matinada del estío santiaguino del año 1722, por la polvorienta Cañada marcaba sus pasos nerviosos Don Juan de Molina y Parraguez, camino de San Francisco, en demanda de la misa primera. Sus largas piernas fornidas se estiraban en amplio gambadeo, sustentando aquel poderoso busto que ostenta, erguida, la barbuda faz, cual corresponde a Maestro de Campo de tal probanza y tan acreditada estirpe.

Caso alguno hacía de las indias y esclavas que agachadas sobre las bateas y mezcladas a los retoños de espino, bajo la sombra de los sauces, jabonan ropas de los señorones del lugar, aprovechando el agua clara de la anchurosa acequia, que a tajo abierto corre por medio de la calzada, musitando su canturreo monótono y dando verdor y pujanza a la incipiente alameda.

Tampoco repara, a pesar de ser a ellas muy aficionado, en las fornidas caballerías que sacian su sed metiendo con fruición las fauces en el arroyo, mantenidas

del cabestro por distraídos escuderos de primitiva estampa.

No pasó, en cambio, inadvertida para toda aquella plebe curiosa y parlanchina, la lívida faz del hidalgo, cuyos ojos hundidos por el morado que los contornea y un adusto ceño mal disimulado, muestran bien que se trae pasada noche de angustioso insomnio.

Al fondo, encuadrada por el magnífico y altísimo arabesco de los Andes nevados, muéstrase la noble fábrica de la iglesia franciscana, ilustrando y santificando este lugar; su hermosa fachada de piedra blanca en sillería, cuya vistosa y encumbrada torre de tres cuerpos con corredores, rematando en pirámide airosa, surge al finalizar la larga pared que corre del lado de mediodía de aquesta vía, apenas interrumpida por la calle de Padura, que a través de Peñaflor, Melipilla e Ibacache en un mes conduce a Valparaíso.

No alcanzan a mermar la importancia de aquel campanario, conventos cual Las Claras y San Saturnino, que en la acera fronteriza se levantan, junto a las señoriales casonas que allí edificaron la ilustre viuda de Pedro de Valdivia, la famosa cacique de Talagante, los Toro Mazote y los Méndez de Contreras, que cual Don Santiago de Uriona, los de la Carrera y otros nobles de fuste, eligieron aquel lugar, a la vez apacible y de trajín, para establecer sus moradas, que así corren hasta la calle del Rey, separadas unas de otras por verdes huertos donde la viña crece lozana y abundosa en uvas tan bellas como sabrosas.

Sonaba aún el último tañer del repicar mañanero, cuando franqueó nuestro hidalgo el pórtico monacal de aquella iglesia, cuyos muros en piedra y argamasa con más de dos varas de espesor, fueron allí levantados en la décimo

sexta centuria, resistiendo, como el solidísimo maderamen de su techumbre, el temblor del 13 de Mayo del año 1647.

Obscuro está el templo, sigilosa su nave única, cubierta con cuatro hermosas bóvedas sostenidas por pilares, que unidos mediante murallas sólidas a las paredes laterales, forman a cada uno de sus costados cuatro capillas. Son de propiedad particular y sirven de sepulturas.

Apenas entrado sintió Don Juan bajar de aquestas naves retumbosas y fragantes religioso bálsamo, y por él invadido su acosado espíritu.

Abandonado el soberbio continente dejóse caer de hinojos ante la imagen de María Inmaculada y su corazón dolorido despachó quejumbrosa confesión, murmurando sus labios secos, plegaria ardiente:

“Virgen amada, madre excelsa, dijo, heme aquí a vuestros pies postrado en demanda ¡oh Purísima! de vuestra santa protección. ¡Quién mejor intercederá por mí ante el Divino Maestro! A Vos, dulce María, suplico humilde y constricto consigáis para mí, débil pecador, que el Señor, que ya me ha enseñado las leyes de la paciencia, me enseñe también aquellas de la templanza y sane la parte concupiscible de mi ánimo, por la virtud de su cruz, medicina de todo el hombre y árbol cuyas hojas sagradas son sanidad de las gentes.

El sexto mes corre de mi viudez, huyo de toda peligrosa compañía, separo mi espíritu de todo pensamiento pecaminoso, mas el deseo me zahiere y persigue con indecible e iracunda tenacidad. Aumenta cada día mi turbación. ¡Señora, querría tener paz!

Mi flaqueza es grande, y, sintiendo que no puedo vencer, huyo, sin escapar, a la imperfección. Quiero de aquí en adelante estar aparejado para resistir y tener serenidad en la aborrecible tentación para, vencéndola, tener

paz y holgarme en vuestra adoración. Yo propongo de lo hacer así, conseguíme Vos, Virgen sacratísima, gracia para poderlo cumplir. Dad a la ánima mía compañía para consuelo de tan luengos trabajos y pueda así imitar la paciencia de vuestro hijo cuando sufrió en su santo cuerpo y piadoso corazón, aquellos prolijos y largos martirios.

¡Señora! ante Vos anímome yo a quejarme y exponer mis dolores, porque celebré y lamenté los vuestros. Con amargado y dolorido corazón, he meditado en cómo quedasteis sola, Virgen inocentísima, ante Jesús crucificado. En cómo quedasteis viuda, Señora del mundo, y cómo os hicieron tributaria de tanta pena.

¡Oh Virgen Santísima! querría a mi vez consolaros y no sé cómo, querría aliviar un poco la grandeza de vuestros dolores y no sé por qué camino.

Reina del Cielo, siento ya mis dolores pequeños al añorar los vuestros y cálmase mi espíritu, porque a él viene ya vuestra gracia y cesa ya la muchedumbre de mis gemidos y sólo lloro porque llorabais Vos, las cuitas de vuestro hijo. Pero vuestros dolores por fin cesaron, no padece ya su cuerpo y toda su ánima es ya gloriosa. Cerróse así la fuente de vuestros ojos purísimos y, con justicia, de su gloria podéis gozar. Librad también Señora santa a mi espíritu de la inmunda tentación y pueda, como lloré, gozar con Vos.

Por mi honra y mi eterna salvación voto solemne aquí os dejo de no caer en el asqueroso pecado y humildemente, María Virgen, os pido la omnímoda protección vuestra.

Virgen amada, divina señora mía, habéis visto desde vuestro alto trono mis noches borrascosas, en que la carne concupiscente martirizó con inclemencia al pobre Don Juan, siervo vuestro, que por Vos con fruición muriera y vive sin embargo tiranizado por el deseo infernal.

Santa Madre, Virgen pura! libradme del tormento horrendo, de la deshonesto y pecaminosa tentación. Mi propósito es firme y voto sagrado de nuevo os formulo, de no caer en pecado mortal."

Levantóse luego y fué a hincar su rodilla ante el altar mayor, donde se cobija la pequeña imagen de gracia de nuestra Señora del Socorro, tallada en madera y vestida en sedas, que después de acompañar a Don Pedro de Valdivia en sus campañas de Flandes, Italia y el Perú, trajo a Chile, colgada al arzón de su silla, este bizarro conquistador.

Gacha la cabeza, hasta meter sus barbas en el pecho, sin moverse, muy contricto, muy devoto ante aquella vista sencilla y humilde, acatando a los pies del Señor y esperando su hermosura y misericordia, oyó misa el de Molina.

En saliendo del templo sintióse cegado por la luz unos instantes, pero ya su espíritu tranquilizado, el brillar del sol en esa atmósfera tan diáfana que parecía acercar inmensamente a la tierra, el firmamento, el aire purísimo que bajando de la montaña cercana se entraba a sus pulmones remozando su fatigada humanidad, diéronle ganas de paseo. Encaminó hacia el histórico Huelén, cuna de aquesta capital del Reino de Chile.

Frente al molino viejo, que en su falda trabaja, desde que allí lo instalara, en siglos pretéritos, Don Rodrigo de Araya, topó con Don Alvaro de Argona, su actual amo.

—Buenos días señor Don Alvaro, dijo el hidalgo.

—Muy santos y muy buenos los depare Dios a Vuesa Merced, respondió aquél. ¿Y qué negocio trujo por aquestos lugares a mi señor Don Juan, en hora tan desusada?

—Cierta gana de paseo, señor Don Alvaro, y en verdad fué ella en buena hora, pues me procura honra y provecho al darme el encuentro de Vuesarced.

—Toda la honra y placer son para mí, señor caballero. Acercóse, en esto, una mulatilla para anunciar el chocolate servido.

—A buen seguro Don Juan no habéis aún desayunado. Me haréis, espero, la amistad de compartir el mío muy humilde.

—No os quiero importunar señor Don Alvaro, y, así, dejándoos a vuestro quehacer, continuaré mi camino.

—¿Qué decís Señor Maestro de Campo? Ruegoos nuevamente me hagáis la gracia de vuestra compañía. Pase Vuesa Merced.

—Después de Su Merced.

—Hágalo Su Merced.

—Por obedeceros señor mi amigo así hago.

Instaláronse los dos caballeros, en el patio amplísimo, a la mesa tosca y maciza. El brevaje humeaba en la vasija de estaño y el grueso pan se ofrecía sabroso a su fuerte apetito matutino.

Al sonsonete de la piedra que sin cesar trabaja, despacháronse glotones los dos amigos.

Ya del todo reconfortado, después de ceremoniosas despedidas continuó Don Juan el ascenso del cerro ciudadano.

En llegando a su cumbre, sentóse sobre la hierba seca, y sereno contempló la ciudad, a sus pies postrada. Veíase desde allí en toda su extensión triangular, amorosa-

mente encerrada por el "Mapocho" y su brazo la "Cañada" y corriendo de uno a otro, al frente suyo, como base del triángulo, la "Cañada de García de Cáceres", límite occidental de esta ciudad.

Divisábase todo su perímetro dividido en cuadrados regulares, por calles paralelas de norte a sur, de este a oeste. Corriendo así esas calles forman las manzanas de 64 toesas por lado, que en su mayoría se subdividen en cuatro solares, separados unos de otros por blancas tapias de adobe, defendidas en su cima con dos filas de tejas. Parán esas tapias contra casonas, también de blanquísimos muros, de un solo piso las más y de arquitectura muy sobria.

Cúbrenlas techos en dos aguas de teja roja, que mirados desde el Santa Lucía, encuadran los jardines y patios, donde crece el mirto y los naranjos, los limones y laureles, en medio de las figuras dibujadas en arrayán y esmaltadas por las rosas y otras flores de olor, que embalsaman el aire de la ciudad, dominada por siluetas de iglesias, que surgiendo por doquier y elevando al cielo mil torres coronadas de coloreados azulejos, reinan majestuosas sobre el sencillo caserío encalado.

Bien se echa de ver, ante tal espectáculo, que las gentes que allí habitan prefirieron durante muchos años edificar templos y claustros, más que cómodas moradas para su solaz.

El corazón y las entrañas de aquel pueblo, han sido profundamente impresionadas por los tremendos remosones de la tierra, que destruyendo, en pocos momentos, una labor secular, les desencantó de las cosas del mundo, manteniéndoles en el temor de la nada y del castigo.

Elevados los espíritus al arrobamiento místico y su pensamiento al éxtasis, esperan las revelaciones, los milagros y buscan los santos.

Observando todo ésto, púsose a rememorar el pasado e historia de la villa, pasado al que su nombre estaba tan mezclado, historia que era la suya y de los suyos, puesto que ya con Almagro llegó aquí fray Cristóbal de Molina, hermano de su bisabuelo, y en 1588, sólo a 47 años de fundada la noble ciudad de Santiago, su abuelo, el capitán Don Jerónimo de Molina, era el Corregidor.

Desde su asiento veía el solar, que su padre y después él heredaron, y que aun habita. Percibía su tapial en la calle que llaman de Bartolomé Flores, dos cuabras a occidente de la plaza Real.

También le perteneció aquella huerta grande, allí a sus espaldas, junto al río, al pie casi de la maciza mole del cerro de San Cristóbal, que como formidable esquilón dominador mete la cordillera dentro del ejido.

Al sur, en línea recta a la Catedral, en la calle de Pedro Martín, la otra casa, que en herencia hubieron sus primas, construída en el solar comprado por el abuelo a Don Alonso de Córdoba. Aquí, bajo su mirada, junto al Huelén, entre éste y el Mapocho, la casa de su madre, Doña Margarita de Astorga y Ureta, en la que vivieron los primeros años de matrimonio ella y su marido, Don Pedro de Molina y León, el orgulloso progenitor suyo, que con tanto detalle conocía la prosapia de su linaje, sabiéndole remontar hasta la fausta casa de Lara.

Suspirando hondamente, vió también allá al fondo, a pocas varas de la Plaza Mayor, entre las calles de la Merced y Juan de la Peña, la vieja morada de su esposa que aun llora, su noble compañera, Doña Josefa Roco de Campofrío y Carvajal, digna descendiente de aquel bravo encomendero y corregidor de Concepción, venido de Alcántara de Extremadura.

Acá y acullá, surgen, por doquier, otras heredades traídas como dote por su difunta compañera, que las poseía de sus padres, Don Juan Roco Campofrío y Carvajal y Doña Beatriz de Escobar e Ibacache, descendiente directa del famosísimo y muy ilustre General Don Juan Alonso Velasquez de Covarrubias y Ruiz de León y de Doña Petronila Lisperguer y Flores de Solórzano-Velasco.

A todas partes donde acudieran los ojos, algo suyo encontraba. Era, en verdad, gran señor de la villa, pero qué digo: era él la villa misma! Fué el esfuerzo de su raza quien la crió, cultivó y edificó. Es el espíritu de su estirpe el que corre en la vida de sus moradores y rige su existencia entera.

En todos aquellos innúmeros conventos e iglesias que salpican y dominan la ciudad, dándole ambiente místico y melancólico, encuéntrase un Molina.

Ocho son sus hermanas profesas: dos sus tíos sacerdotes y otros varios parientes ofician.

Aquella orgullosa y empinada torre de la catedral, le recuerda al más sereno y respetado de los canónigos: es de su sangre. Aquí en las humildes ermitas de Santa Lucía y Monserrat, encuéntrase también de los suyos. Véanse la Merced, Santo Domingo, San Agustín, la Compañía, el Convictorio de San Francisco Xavier, San Isidro, San Saturnino, Santa Ana y San Lázaro, y en todas esas casas de Dios, como en aquellos conventos que sus ojos van recorriendo, el de las monjas Agustinas, Clarisas, de la Victoria, de San Ildefonso y la Grangilla, hubo, hay y habrá voces de Molina, que con preces y oraciones, mantendrán a la familia, a la raza, la protección divina, para bien de las generaciones futuras que, como la presente, los suyos gobernarán.

A un agudo rechinar, despertó el caballero de estas con-

templaciones y remembranzas. Por la calle Alonso del Castillo, caminando hacia la Cañada, pasa una carreta. Arrástranla tres yuntas de bueyes gordos que conduce distraídamente, pero picana enhiesta, un guaso en pintoresco atavío. Fijándose entonces, vió muchas otras por diversas calles y especialmente por la Cañada. Van en busca de la campiña, ya vacías, habiendo cumplido su diario deber, aprovisionando a la población de las vituallas indispensables a su subsistencia.

La ciudad muéstrase inmóvil. Nadie transita ahora sus calles y sólo aquellos vehículos circulan la villa. Esto le indicó que consumía en sus pensamientos mucho tiempo y que hora había llegado de terminar aquel pasear.

Echó una última ojeada sobre el panorama y disponiéndose al regreso siguió su mirada el puente, que atravesando el río en trece arcos nobles y bien desarrollados, conduce a la Chimba, y a los deleitosos campos cubiertos de amarilloso trigo maduro y viñas verdes, que sombrean los álamos delgados, mientras los olivos ponen manchas oscuras a las faldas de las montañas.

Nada más sonriente y seductor, nada más noble y sereno, que esa ciudad asentada en medio del amplio valle feracísimo, cerrado al oriente por la cordillera violeta, aun manchada con el blanco de sus nieves invernales, y al poniente por los cepias y negruzcos que presentan las siluetas rudas del Poangue, el Quoren y el Lampa, cerros receladores de oro fino de los más subidos quilates.

II

LA SIESTA DE UN HIDALGO



DESCENDIDO que hubo nuestro caballero del Santa Lucía, enfiló la calle de la Merced, en momentos que el sol dardeaba sus rayos a plomo sobre la villa. Sufría así fuerte calor Don Juan, a quien, como a todo santiaguino, estas horas del día parecen insoportables, y sólo experimentándolas así por el contraste con lo deleitoso de sus mañanas y el frescor de los atardeceres, que gozan en esta ciudad dotada del mejor clima del mundo.

Buscando la alguna sombra que proyectan los intermitentes aleros y la más escasa de las tapias, guiaba hacia su casa por la rua cruda de luz y abandonada de placer y de gentes.

El camino por andar no es mucho. Llega ya a la Plaza Real, conservada sin pavimento para utilizarla en corridas y torneos. Háse formado liberando de construcciones una manzana. Ocho calles, viniendo de los cuatro puntos cardinales, desembocan en ella.

Surge a su occidente la Catedral, austera de chapiteles, columnas y cornisas, pero majestuosa por la proporción de su fachada, que deja adivinar lo amplio de tres naves interiores y las capillas de ambas bandas; esbelta su alta torre de ninguna ornamentación.

A continuación las casas episcopales, corriendo hasta la esquina, protegidos sus bajos por soportales en arco y abriéndose los altos en alegres corredores, todo ello en

blanco revoque que lastimado en parte muestra el rojo de los ladrillos que cubre.

Véase el costado norte hermanando con el anterior en soportales y corredores. En un extremo, en el solar do tenía sus casas el Conquistador Don Pedro de Valdivia, la Prisión y el Cabildo; en el otro la Audiencia, cuyos fundamentos echara allí, en 1621, el Gobernador Don Pedro de la Cerda y Sotomayor. En medio de éstos, el Palacio del Presidente, sobre cuya puerta principal muéstranse labradas en piedra y un tanto carcomidas, las Armas Reales.

Todo es de arquitectura sobria, pero que presta airoso y galano aspecto al conjunto, completado en el paño del sur con una arquería coronada por balcones, que sirven para presenciar las fiestas y cobijan tiendas o pulperías, en esta hora cerradas. Por el lado oriental, elévanse habitaciones particulares, tales las más lucidas de la ciudad.

En el centro mismo del gran espacio libre, una pila con treinta y tres caños arroja agua abundosa a la taza de la fontana, que el año 1672 fabricó y allí instaló el inteligente artífice Alonso Meléndez.

Más no se retardó Don Juan en mirar todo ésto que reverberaba ahogado en sol y harto conocía, sino que, por el contrario, sintiéndose ya cerca y azuzado por la calor, apretó el paso.

Oyó sonora campanada que señalaba la una de la tarde cuando enfrentó su morada, edificada en el cruzar de dos calles. Es de un piso bajo y sólo en la esquina yérguese en alto una pieza figurando mirador, apoyada sobre gruesa columna redonda de piedra y terminada en macizo chapitel. Destácase orgullosamente en medio de aquella fachada la fuerte puerta de entrada, en dos hojas de madera, con abertura en su alto, protegida con postigos

y adornada con cantoneras, gruesos clavos broncos en cabeza de turco, y bien forjada chapa de bocallave. Encuádranla dos pilastras unidas arriba por arco de tallada piedra. Encima, protegido por el mojinete con alero, clásico de las casas nobles santiaguinas, y también en piedra, osténtase, robusto, el escudo familiar que traduce, en campo de plata, el león rampante, de gules; armado de espada de azur, guarnecida de oro; bordadura de azur cargada de ocho veneras de oro.

Con rapidez travesó el zaguán y resonaron sus pasos en el patio, haciendo acorrer los esclavos; pero sin detenerse lo cruzó y penetró en la sala.

Arrojado el chapeo, dejóse caer en su silla, amoratado, melancólico y triste el semblante, llena de soledad su alma, seco y crudo el aliento. Quedó allí un buen rato sin pensares, buscando templar el acaloramiento conquistado con ese caminar en aquella hora poco propicia.

El delicioso frescor que se gozaba en la estancia, ubicada entre patio y jardín y con vista a ellos, volvióle poco a poco a su natural y púsose a mirar a lado y otro. ¡Qué abandonada estaba la antigua casona en que vivieron tantos años sus antepasados y él, sin nunca menguar en hidalguía ni riqueza! ¡qué triste la encuentra ahora!

El ir y venir de las criadas, que se aprestan a traer su comida, recuérdale que otrora todo aquello pasaba bajo la mirada querendosa de Doña Josefa, su mujer, que no es ya deste mundo.

Soledoso está en aquella hoy lamentable morada. La prole se dispersó: Pedro, el primogénito, mancebo bien domeñado y, aunque gallardo, humilde, es ahora monje agustino. Cecilia, casada con Don Ramón Rodríguez de Vargas, poco abandona su chacra del Salto y cuida allá a los otros hijos más jóvenes. De las menores, Mariana

y Serafina, sólo sabe cuando, desde la reclusión conventual, le envían finos dulces y escapularios benditos.

Muy largo y pesaroso hubiera sido aun el cavileo si no despertara su gula el tufillo escapado de una olla Tagantina puesta al momento sobre la encerada mesa por la mulata Petrona, a todas vistas tan taimada como vieja.

Desabotonado el jubón, se instaló a la tabla; con voraz apetito saboreó el succulento cocido de oveja. Mientras masticaba, escanció en su jarro grande de argento el vinillo de Concepción, enviado desde las márgenes del Itata por un su cuñado.

Aportáronle luego luche y cochayuyo de algarrobo, bien guisados y aliñados de orégano. Con ellos deleitábase glotonamente, cuando le avisaron que la criada de razón de las Capuchinas era llegada, trayendo un recado para el amo.

—Entradla, dijo el caballero.

Apareció la dicha. Haciendo mucha reverencia y con bien estiladas y tan comedidas como cuidadosas razones, transmitió los saludos de las monjas. Se enteró de la salud y cuitas del Señor Maestre de Campo, finalizando por ofrendar en fuente de plata, a nombre de aquéllas, los celebérrimos frejoles, de cuya famosa preparación cuidan ellas mucho secreto.

Brillaron los ojos de Don Juan ante el inesperado manjar. Delante mismo de la criada lo engulló, ordenando después se devolviera la fuente bien provista de congrio seco — del recién llegado a la despensa — y las mejores frutas de la chacra.

Con estas provisiones, y un prolijo y no menos medido mensaje que el que le llegara, despachó de vuelta a la mandadera.

Un buen asado termina su yantar, al que sólo agregó

almibarados orejones que rocía con algunos largos tragos de suave moscatel, de aquel que el General Ulloa prefería al de España.

Ahora murmura su oración de gracias al Altísimo y aspira a una plácida, prolongada siesta.

Abandona la sala, cruza la cuadro larguísima, polvorienta, oscura, y olvidada. Accede a la alcoba, que ocupa en buena parte la enorme cama con fondo de cuero y pilares en yeso recubiertos, pintados al temple, sosteniendo cortinas en forma de pabellón.

Alijerado de ropas, en ella se cobija el hidalgo con la esperanza del alivio que el sueño ha de dar al trajín de su cuerpo, ¡tan torturado por aquella imaginación, que Luzbel se place en hacer aventurera!

La tarde es de bochorno. Don Juan en su amplio lecho no logra dormir. La estancia, con sus paredes encaladas, muéstrase deleitosa con la luz verdí-dorada que tamizan los postigos.

Llegan hasta el caballero, desde la contigua recámara, travesando la puerta cerrada, el respirar de dos esclavas que sestean, y con ello el de Molina nuevamente comienza a sentir quemado su cuerpo en lúbricos deseos.

Recuerda luego que quien así respira es Dolores, la esclava niña, por cierto recién núbil. Trece deben ser sus años, de seguro no más, aunque lo parezca por el prematuro desarrollo de los de su raza, pero conservan sus líneas toda la suavidad, toda la finura y elasticidad del cuerpo infantil.

Incomodado Don Juan, abandona la cama y, nervio-

so, irritado por aquel tranquilo respirar que se le allega, pasea la alcoba sin poder ahuyentar de su espíritu imágenes turbadoras.

Un suspirar profundo y mimoso cruza el silencio; el hidalgo, sucesivamente rojo y lívido, aprieta sus manos largas, crispera sus dedos flacos y apoyadas las espaldas contra la pared, fija la mirada en la puerta provocadora. Tentación, tentación, ¡oh, el maligno! Abrir aquella puerta es el goce inefable, bendito, imponderable, sí; pero, el voto, ¡el voto solemne, hecho esta misma mañana a los pies de la Purísima! ¡No!, ¡no ha de ser!; sufra el cuerpo débil; el alma habemos de cuidar. ¡No será pasto de tus llamas, Satanas maldito, aquel que en este mundo se llama el señor de Molina y Parraguez!... Pero un nuevo suspirar, hondo y dormilón, viene, y el hidalgo, exasperado, sin poderse más dominar, salta furioso a la puerta, que con el empujón ábrese con brutal fragor. Despavoridas las mujeres despiertan, y grita el de Molina: ¡Fuera de aquí, mulata; fuera, negra infame, de infame resollar; id al establo, al fondo del solar, lejos de aquí; que entre las bestias han de estar quienes, como vosotras, con su sola vecindad despiertan bestiales apetitos!

Ha corrido ya fuera la vieja mulata; pero la niña, con su inconsciencia infantil, no ha comprendido, y, azorada, mira a su amo descompuesto por la ira. Hásele corrido la camisa y un pequeño seno moreno, ya robusto y redondo, mostrando primoroso botón rosa, que tiembla un poco, termina de enloquecer al enfurecido señor, que con saña brutal se lanza sobre la criatura, agárrala en sus brazos, apriétala contra su pecho y estruja entre sus manos el cuerpecillo caliente, pero lo arroja, airado, al medio del patio, chillando como un poseído. ¡Puerca, puerca, carne vil de esclava, hija de esclava, carne de perdición, largo de

ahí!, ¡corre y ve a revolcarte en el lodo y estiércol de donde eres salida y no palpe yo más tu tibia piel, ni sienta el hedor satánico de tu negro cuerpo demoníaco!...

Cristo crucificado, divino Señor, dadme fuerzas, ¡quiero ejecutar bien y sólo pienso en mal! La fortaleza de mi alma defiende la virtud, mientras mi cuerpo canalla en aficiones quema mi vida. ¡Sólo con morir podré librar!

Empachado de sí mismo y así que la cólera dejó su alteración en algún sosiego, volvió a su árida cuja solitaria, trémulo y desfallecidas las fuerzas.

Cerró sus ojos con furor, sin poder alejar la visión de las armoniosas redondeces de ébano lustroso. Su boca barbuda se estiró con el recuerdo de aquellos dientes tan blancos, que descubrían, en mueca asustada, aquellos labios tan rojos, y sus pobres manos, corriendo sobre las sábanas, sentían reminiscencias de aquella piel tersa y húmeda, que olía a heno fresco y fragante almizcle.



R. CANSINOS-ASSENS

EL MISTERIO
DE LAS COSAS
BELLAS :: :: ::



CUANDO se medita en el misterio de las cosas bellas creadas por el artista, siéntese espanto ante el poder de esa humanidad en apariencia inerte y no menos viva, sin embargo, que la otra. ¡Qué fuerza de fatalidad hay en esas criaturas materiales, qué poder sobre las almas en esas cosas sin alma! Si reparamos bien, el drama del mundo se desarrolla en torno a esos objetos bellos e inanimados, comprendiéndose que el hombre les haya atribuído una significación fatídica. Hecha abstracción del amor, que es la pasión más espiritual, todas las demás pasiones vinculan sus anhelos en la posesión de una cosa; pero las cosas mismas son capaces de inspirarnos un amor violento y mortal. Los ejércitos griegos luchan en la *Iliada* por la recuperación del estatuario cuerpo de Elena; pero los guerreros que los forman sostienen también combates particulares por la posesión de una cosa: una copa o un escudo bellos. La cosa, de por sí preciada o realzada por el arte, engendra, a lo largo de la historia, las mismas tragedias que la mujer hermosa, y hay raptos de hembras y ladrones de joyas.

Terrible poder adquieren las cosas como concreción de

los anhelos del hombre; el trono expresa y magnifica la solemnidad de la actitud sedente, el lecho realiza el ideal más suntuoso de la fatiga y el amor; el cetro es la alegría de la vara florida en la elección feliz. La imaginación del hombre ha creado series de símbolos, expresados por objetos y que asumen una majestad pavorosa; la diadema, la púrpura, son ya por sí solas la plenitud de poder de los reyes; la tiara, la capa pluvial, la plena santidad de los pontífices. Cada sentido espiritual se declara por medio de un objeto; y el anillo, la llave, el simple broche que sujeta un velo, asumen un poder fatídico, comparable al de los talismanes; y los hombres luchan por ellos, como arcángeles y demonios, por la posesión de un alma. La gran tragedia humana quizá no sea, en el fondo, sino la lucha por la posesión de las cosas preciadas o artísticas; por la gema natural o creada, o por el oro, precio universal de todas las cosas. La gran obra de la Edad Media no era sino la búsqueda de la fórmula mágica para rehacer la gema nativa; y el demonio, que le disputa a Dios las almas, dispútale también los metales preciosos, los brillantes y perlas que a las almas seducen. Pero hoy y siempre, ¿no lucha el hombre por las cosas de belleza o de lujo?

Terrible es el poder de las cosas, preciadas de por sí o realzadas por la habilidad del artista; y se comprende el miedo que antaño inspiraron al hombre, moviéndole a medidas extremas. El rasgo de aquel emperador de la China, mandando romper el jarrón magnífico, fabricado por un inventor genial, es de una delicadeza imponderable y expresa un pánico exquisito ante el poder de seducción de las cosas bellas. Pero ese mismo miedo se trasluce en las exhortaciones a la pobreza de los filósofos y de los santos. Es el pavor ante el presentido poder mágico de la cosa

bella, capaz de inspirar la misma pasión que una criatura humana, de seducir y encadenar al hombre con el dogal de su belleza. Y Diógenes, tirando el tosco cuenco para beber en la palma de su mano, expresa el colmo de ese terror, ya que no arroja de sí la cosa bella, sino simplemente útil, temiendo se le haga necesaria y adquiera por ello una condición suntuosa. Su gesto tiene como el sentido de un exorcismo.

Porque las cosas todas, aun las no bellas ni dotadas de significación talismánica, tienen un poder seductor sobre el hombre, son capaces de entristecerle y afligirle con su privación, de igual modo que le halagan y entonan con su presencia. La cosa bella, como la mujer bella, puede ser causa de melancolía, cuando se le niega al hombre que la contempla en los cerrados harenos de las vitrinas o en las manos avaras de los mercaderes; porque la cosa bella, nacida del ensueño generoso del artista pobre, es venal a pesar suyo y no puede darse graciosamente a quien la ama. El efecto más terrible de la creación artística, tan desinteresada y misericordiosa en sí misma, es que el hombre puede sentirse ante ella pobre y desventurado, viniendo así a agravar su natural indigencia. La cosa bella es además enormemente ambiciosa en su aparente sencillez y modestia, más terrible todavía que la mujer hermosa. Porque no menos que la mujer, arrastra tras de sí un cortejo de otras cosas bellas, que son como sus damas de honor, azafatas y dueñas.

Fijarse en una cosa bella es introducirse en el mundo ilimitado de la belleza material; mundo ilimitado, porque los artistas están multiplicando sin cesar el número de los objetos bellos, ideando continuamente nuevas formas, formas individuales y distintas que no pueden suplirse entre sí, no bastando la posesión de una de ellas a saciar

plenamente ni a compensar de la privación de las otras. ¡Tortura sin cesar renovada por la admirable fecundidad de los artistas! El mundo de las cosas es de una diversidad inagotable, porque es suficiente, entre esas criaturas sin alma, un pormenor mínimo y único para dotarlas de individualidad. De donde resulta que el hombre, defraudado en su anhelo de abarcar la multiplicidad desconcertante de las almas, sale también burlado en su ilusión de apurar la diversidad de las cosas.

Y aun es más dramática esta lucha por la captación de los objetos, si se atiende a que las criaturas tienen al menos el infinito de su alma, están completas en sí y una sola de ellas podría saciar—y tal es el milagro del amor—el interés y la curiosidad del hombre, en tanto que las cosas sin alma carecen de la perspectiva infinita y sólo pueden apurar el deseo, mediante el recurso de la diversidad. Es el mismo drama de las almas, pero agravado por la falta de profundidad de la materia. Por muy grande que sea nuestro amor a una cosa bella, su contemplación indefinida no podría bastar a nuestra ventura. Podríamos arrobarnos eternamente quizá en la contemplación de un astro, que es una criatura viva y lejana, pero no en la de una obra de arte inanimada y próxima. El afán de los artistas todos no es sino la lucha por el logro de la cosa bella perfecta que fuese como el sol de la belleza y detuviese todo el flujo creador, ya después de ella inútil.

Vano empeño; pues análogamente a lo que ocurre con los seres humanos, pero con la agravación de la falta de alma, la perfección de las cosas sólo puede lograrse mediante la multiplicación de un número, eternamente rectificado. De aquí se infiere que el mundo de las cosas pueda ser para el hombre un mundo de pasiones, mucho más inquieto y enconado que el de las criaturas. Faltas de

vida y alma, las cosas sólo pueden expresarse y adquirir un semblante de vida y alma, mediante su ordenación geométrica. Su mundo es un remedo del mundo de los astros. Existe el ajedrez de las cosas; una ordenación especial de estos cuerpos inertes, cuyas leyes han descubierto los artistas y que permiten inducir la existencia entre ellos de una atracción y una repulsión análogas a las de los cuerpos sidéreos. La más evidente de estas leyes es la de la simetría. La introducción de una obra de arte en un aposento vacío es un imperativo para llenarlo. Habéis de poblar la soledad de esa presea, la habéis de rodear de su ambiente—o de su corte—pues una cosa bella no puede estar sola sin perder gran parte de su gracia. Y ahí tenéis ya esa relación misteriosa que une entre sí a todas las artes suntuarias, enlazando el mármol con el paño y el metal y el leño y a todas estas cosas con la arquitectura. Una cosa bella en una estancia vacía y pobre sólo sirve de acrecer su soledad y su pobreza; reclama imperiosamente compañía de hermandad o de servidumbre para no parecer una advenediza. De donde resulta que su dueño, que pensó reposar en la alegría de un amor único, no ha hecho sino penetrar en un mundo de deseos infinitos, adonde le ha introducido esa esclava. Porque toda cosa es la primera de una serie infinita; y la primera estrella que se enciende, única, en la tarde, es la señal para que se tachone todo el cielo. El amor a las cosas es, pues, más peligroso que el amor a las criaturas.

Y sin embargo, el hombre, desencantado de las criaturas, busca la paz en el amor de las cosas, engañado por su sencillez y sumisión aparentes. El amor a las cosas suele ser pasión de las edades seniles y seguir al amor a los animalillos inocentes—al pájaro y al perro que, dotados de voluntad, satisfacen menos el ansia de dominación de las

almas caducas—. Busca el hombre la paz en la posesión de la cosa bella o preciada, aspira a multiplicarse en los objetos, a reinar, dueño y señor, en la materia falta de voluntad. El hombre maduro empieza a fijar su atención en las cosas, entregándose a la pasión del anticuario. Imagina que podrá apurar ese mundo de las formas, más fácilmente que el otro, que ya se le huye, y se rodea de una poligamia de cosas bellas, pensando que su contemplación ha de bastarle. Pero como al fin la materia, aunque espiritualizada por el arte, es un lenguaje para los sentidos, su encanto pasa pronto y es preciso renovar a cada instante ese mundo de formas, buscando sin cesar la más pulcra y fascinadora, que es sencillamente la última. Y el aficionado incurre entonces en la misma locura que hace desgraciado al artista y empieza una peregrinación que no acaba sino con el hastío, cuando persuadido de no poder abarcar el mundo de las cosas, se ve rodeado de objetos inertes ante los cuales ni llorar es posible, pues que no tienen alma.

Tal es el momento en que siente el hombre cuánto hay de fatídico en las cosas y cómo es vano pedirles una dicha que no pueden darle, por pertenecer a otra raza de seres distinta de la suya, con la cual no puede unirle el cotidiano milagro del amor. Las cosas no inspiran verdadero amor, sino concupiscencia. Sucede entonces que las cosas mismas desengañan al hombre y le dan una lección ascética que acaso sea su principal sentido. Las cosas no pueden dar la dicha que prometen a los ojos encandilados del artista, como puede tampoco darla la humana belleza sin amor, ya que sólo el amor obra la magia perdurable y perfecta. El mundo de las criaturas se une mediante la soldadura del amor; pero el hombre no puede unirse de esta suerte con las cosas que tampoco, con su inmutado

existir, pueden cautivar su atención perdurable. Y el hombre concluye desencantándose también de las cosas y despojándose de ellas, para vivir libre de su maleficio, en la sencillez de una pobreza aparente y henchida, comprendiendo que la contemplación de un museo no puede compararse con la de un cielo estrellado, una muchedumbre o una sola criatura. Y por el último peldaño de la materia, el hombre, defraudado y sin embargo ávido siempre de la posesión infinita, busca en Dios su número plural y se le suma como una pobre cosa.

*Mi cama es ancha y baja, toda esculpida en rosas;
son sus cuatro patitas cortas y voluptuosas.*

*Ya porque haga calor o la tarde esté fría,
yo, tirado en mi cama, me paso medio día.*

*Lo más bello del mundo veo desde mi cama:
el cielo, el sol, la nube, el pájaro y la rama.*

*Me sabe en ella a gloria cualquier manjar sencillo,
y dobla su perfume mi áspero cigarrillo.*

*Puestos sus almohadones a conveniente altura,
como en ninguna parte gozo de la lectura.*

*Envuelto de sus sábanas en la tibia caricia,
es mi juicio perfecto y es blanda mi justicia.*

*Igual que desde un trono mi nueva casa rijo;
a la mujer hermosa, a los criados, al hijo.*

*Ordeno el ritmo elástico del poema severo,
o le ajusto la larga cuenta al almacenero.*

*Y a pesar de los años ¡ay! todavía ardiente
en ella sueño como si fuera adolescente.*

*Me regodeo en ella profundamente a gusto,
de viejos regodeos nació el hijo robusto.*

*Ahora necesitamos una clara doncella...
Yo pensaré en un lirio, piensa tú en una estrella.*

*(Al volver a estos versos es mi dicha cabal;
tenemos, como dicen las gentes, un casal.)*

*Y puesto que esta cama toda mi vida encierra,
mando que desde ella se me lleve a la tierra.*



J. REY PASTOR

VALOR EDUCATIVO DE LA
ENSEÑANZA MATEMÁTICA



A controversia suscitada por los nuevos programas de enseñanza secundaria, no siempre mantenida en la serena región de las ideas, convida a abordar, con criterio objetivo, el problema de la segunda enseñanza y, en particular, el de la enseñanza matemática, siempre de interés, y ahora de actualidad en la República Argentina.

Durante mucho tiempo se ha considerado la segunda enseñanza como preparatoria para la Universidad; hoy se propende más bien a la formación de hombres cultos, con esa cultura general tan difícil de definir en términos precisos, que se compone de las antiguas humanidades y de esas modernas humanidades que se llaman ciencias exactas y naturales. Ya no se considera en casi ningún país como enseñanza informativa sino formativa.

Mas, bien sabido es, que no hay unanimidad en este punto, vivamente discutido. Desde los clasicistas intrasigentes que todavía restringen las humanidades a su sentido arcaico, hasta los utilitaristas ultramodernos que abogan por la supresión de la enseñanza secundaria, o por su abreviación considerable, fundándose en que la vida es demasiado breve para permitirse el lujo de consagrar varios años a un aprendizaje enojoso de cosas que no se han de utilizar nunca en la vida, hay toda una gama de posiciones intermedias ante el problema.

Ningún hombre culto podrá aceptar íntegramente una ni otra idea extrema. Retroceder hasta el Renacimiento es olvidar que el estudio del griego, más que un fin, era un medio para poder asimilar la excelsa cultura helénica, de igual modo que hoy estudiamos lenguas vivas, no tanto por el placer que causan las declinaciones o por el valor educativo de los verbos irregulares, como por la utilidad de poder asimilar la ciencia y la literatura modernas.

Pero tampoco es admisible el segundo extremo punto de vista. La complejidad siempre creciente de la vida moderna ha ido extremando la especialización de las profesiones; y si algún lazo queda, que mantenga la solidaridad humana, es precisamente eso que llamamos cultura general, es el arte y la literatura, es el conocimiento del Universo en que vivimos y de la especie humana a que pertenecemos.

Reducir la segunda enseñanza al mínimo de conocimientos indispensables para que cada alumno pase inmediatamente a adiestrarse en la profesión elegida, es fraccionar la Humanidad en grupos y subgrupos de obreros, muy dueños de su técnica, pero que no pueden entenderse, porque hablan idiomas diferentes y nada común tienen que decirse.

El objeto de la segunda enseñanza debe ser formar hombres cultos, es decir, espíritus cultivados. Si cultivar la tierra es prepararla para hacerla fecunda, cultivar un espíritu es someterlo a un régimen que lo haga fecundo en la vida, desarrollando sus aptitudes naturales.

¿Es ésto lo que realizaba la enseñanza secundaria en el siglo XIX? Por el contrario, se limitaba a suministrar una cierta dosis de conocimientos más o menos extensos y profundos de Ciencias exactas y naturales, de Historia y de Geografía, de Filosofía y de Letras. Y como las nuevas

generaciones notaban vacíos en su cultura enciclopédica, se fueron llenando en cada reforma de programas, engrosando éstos de modo alarmante. Al estudio de los autores clásicos se incorporaron los del siglo XVIII; la Historia y Geografía se completaron con novísimas adquisiciones; las Ciencias físicas se enriquecieron con la magna obra del siglo... Y con tantos agregados, el peso de la enseñanza llegó a ser intolerable para las tiernas inteligencias. Los alumnos que no perecían asfixiados bajo montañas de nombres o aplastados bajo la pesada losa de las Matemáticas, apenas salían de las aulas se apresuraban a arrojar por la borda tan pesado bagaje, para poder caminar libremente a la contemplación del mundo.

La segunda enseñanza en la pasada centuria tuvo un fracaso ruidoso. A fines del siglo se abrió en Francia una información parlamentaria acerca de ella; depusieron más de doscientas personas y en seis gruesos volúmenes están expuestas las ideas más discordes. Sólo hay un punto en que todos coinciden: los resultados de la enseñanza son deplorables. Universitarios eminentes, como Darboux, revelaron que pocos meses después del examen, la mayor parte de los bachilleres no sabían resolver una regla de tres simple y la Sorbona tuvo que instituir un curso de Aritmética para los bachilleres en Ciencias.

El movimiento de reforma a fines del siglo fué general en Europa. En vista del ruidoso fracaso de la enseñanza enciclopédica, se comprendió, al fin, que la pretensión de hacer bachilleres omniscientes era sobrado ambiciosa; se vió la necesidad de limitarse a cultivar los espíritus con una elaboración adecuada a cada terreno, para depositar en ellos algunas semillas escrupulosamente seleccionadas; se reconoció que tanto como la materia enseñada importa la manera de enseñarla; y abandonando poco a poco la

preocupación de que la enseñanza fuese completa, se ensayaron procedimientos para hacerla eficaz.

Y bien. ¿Cuál es la eficacia a que puede aspirarse con la enseñanza de la Matemática?

El valor de esta ciencia como disciplina educadora del espíritu, ha sido muy discutido. Algunos pensadores han propuesto que a la entrada de muchas profesiones, muy alejadas de las Ciencias exactas, se ponga el famoso lema de la Academia de Platón: Nadie entra aquí si no es geómetra.

Así, por ejemplo, le Dantec proponía que no se pueda ser maestro en una Ciencia cualquiera (incluso en Medicina) sin sufrir previo examen de aptitud en Matemáticas.

No faltan, en cambio, publicistas como Le Bon, según los cuales las Matemáticas sólo sirven para desarrollar el gusto por los razonamientos sutiles; pero es falso que ejerciten el juicio. Y para justificar su aserto aducen el hecho de que "los más eminentes matemáticos no saben, con frecuencia, conducirse en la vida y se desorientan frente a las menores dificultades".

Es sabido, en efecto, que Napoleón nombró al gran Laplace ministro del Interior y no tardó en reconocer que se había equivocado. "Laplace—dice Napoleón—no abordaba ninguna cuestión desde su verdadero punto de vista; buscaba en todo sutilezas, no tenía sino ideas problemáticas y llevaba a la Administración el espíritu de lo infinitamente pequeño."

Sería inoportuno salir a la defensa de la gestión ministerial de Laplace, recordando, por ejemplo, los ingeniosos métodos que implantó para la formación del catastro. Más bien queremos admitir que todo lo hizo mal; mucho peor—y ya es suponer—que todos los ministros ignorantes del Cálculo infinitesimal. Pero, admitida su carencia de

talento político y administrativo, cabe preguntar: ¿lo tuvo, en cambio, quien colocó tal hombre en tal puesto, creyendo, sin duda, que los alcaldes rurales pueden regirse por las mismas leyes de la Mecánica celeste?

Esa inadaptación a otras actividades no es exclusiva de los matemáticos, sino propia de todos los especialistas en cualquier ciencia o arte, que se enquistan en su caparazón técnica; sean los coleópteros o la gramática aramea el objeto de sus afanes y la consagración de sus vidas. Sin embargo, no faltan entre los más eminentes especialistas, hombres de cultura integral que, por haber tallado otras facetas de su espíritu, son aptos para navegar por los mares de la vida; pues para ser sabio no es indispensable carecer de sentido común.

Painlevé y Borel en nuestros días, además de ser eminentes analistas, han revelado estimables dotes políticas, no por ser matemáticos, ni tampoco a pesar de serlo, sino simplemente por añadidura.

Claro es que esta simultaneidad de aptitudes heterogéneas y sobresalientes es tanto más improbable cuanto más alta la jerarquía científica. El Einstein violinista suele ser inferior al físico creador, no por incompatibilidad de aptitudes, sino por ley fisiológica de limitación, que acota la integral humana entre límites menos distantes de lo que vulgarmente se cree; y la hipertrofia de un órgano se nutre a expensas de otros.

Por esto, el caso de Laplace, que citan todos los partidarios de la reducción de la enseñanza matemática secundaria es, por lo menos, inoportuno. Aquí es la Matemática una especie de calistenia, y sabido es que cuando la gimnasia se convierte en profesión, cesan sus benéficos efectos. Hombres adiestrados en la resolución de altísimos problemas, fracasan ante los menudos problemas de la vida,

como esos formidables atletas de circo, capaces de levantar pesas enormes, sucumben ante el ataque de cualquier microbio, que sabe aprovechar el desequilibrio fisiológico del deforme organismo.

El problema estriba en saber si el estudio de las Matemáticas, no ya profesional, sino educativo, favorece o perjudica el equilibrado desarrollo mental necesario para triunfar en la lucha de la vida. Y la contestación exige un distinguo: hay Matemáticas y Matemáticas. Su enseñanza será útil o será perjudicial, según *qué* Matemática se enseñe y *cómo* se la enseñe.

Desde los tiempos de Pascal se ha pretendido establecer una antítesis entre el *esprit géométrique* y el *esprit de finesse*; y no sólo con carácter excluyente sino integrante, pues no faltan buenas gentes que, por carecer del primero, ya creen poseer el segundo. Intentaremos demostrar que estas dos provincias en que se pretende clasificar la inmensa variedad de los espíritus humanos, ni se excluyen, ni se completan; el primero está incluido en el segundo, pero la recíproca no es cierta.

Innumerables inteligencias normales, despiertas y aun sobresalientes, dotadas de verdadero *esprit de finesse*, declaran que no han comprendido nunca las Matemáticas. ¿No es esto paradójico?

“¿Cómo es—se preguntaba Poincaré—que una ciencia que sólo utiliza los principios fundamentales de la Lógica, el principio de contradicción sobre todo, que es el esqueleto de nuestro entendimiento, aquello de que no se nos podría despojar sin que dejáramos de pensar, la encuentran obscura la mayoría de las gentes? Que sean incapaces de

inventar, se explica; pero que no comprendan las demostraciones que se les exponen, que permanezcan ciegos cuando les presentamos una luz que nos parece de purísimo resplandor, eso es en extremo prodigioso.”

Este problema encierra varias incógnitas: unas que dependen de la Matemática misma, otras del elemento docente y otras del discente.

Muchas personas cultas e inteligentes no entienden las Matemáticas, por la misma razón que no entienden la Lógica, porque son ciencias abstractas y deductivas. La facultad de abstracción se desarrolló lentamente en la especie y, de acuerdo con la ley de Müller, se desarrolla con paralela lentitud en el individuo.

Sin embargo, mientras los creadores de los más altos principios de las ciencias deductivas y los definidores de sus conceptos básicos inspiraron su concepción sintética en una dilatada serie de inducciones, fruto de experiencias seculares, se pretende todavía en algunos países que el alumno de Matemáticas o de Física ascienda súbitamente al monte Sinaí a recibir las Tablas de la Ley en forma de postulados científicos y de conceptos abstractos, que representan la quintaesencia del pensamiento humano, fruto de muchos siglos de meditación y de experiencias.

“Si la ignorancia de la psicología infantil no fuese tan universal y profunda—decía Le Bon—todos los pedagogos sabrían que el niño no puede comprender las definiciones abstractas de la Gramática, de la Aritmética o de la Geometría, y que las recita como pudiera hacerlo con las palabras de una lengua desconocida.

Solamente lo concreto le es accesible. Cuando los casos concretos se hayan multiplicado suficientemente, será su inconsciente el que se encargará de deducir las generalidades abstractas.”

“¿Qué es una buena definición?” se preguntaba Poincaré. Y contestaba: “Para el filósofo, es aquella que satisface a las reglas de la Lógica. En la enseñanza, una buena definición es la que es comprendida por los alumnos.

Estamos en una clase de cuarta y el profesor dice: La circunferencia es el *lugar geométrico* de los puntos del plano que están a una misma distancia de un punto fijo, llamado centro. El alumno bueno escribe esta frase en su cuaderno, mientras el malo pinta muñecos en el suyo, pero ni uno ni otro han comprendido.”

¿Por qué no han comprendido una definición tan perfecta? Porque el concepto de *lugar geométrico* es muy general, y no llegará a formarse en las jóvenes inteligencias, sino después de manejar multitud de casos concretos.

Hay que partir de las ideas primitivas, toscas y confusas, que ya poseen los alumnos, y encaminarlos de tal modo que ellos mismos se percaten de su imperfección contradictoria y demanden su perfeccionamiento. Este ha sido el camino seguido por la Humanidad para crear las Matemáticas, y ese mismo debe ser el método para enseñarlas.

Indudablemente, es duro para un maestro, como dice Poincaré, enseñar lo que no le satisface completamente; pero la satisfacción del maestro, no es el objeto de la enseñanza.

Es natural que las fechas de estas citas no sean recientes, porque el oscuro panorama pedagógico que descubren, ha cambiado radicalmente en casi todos los países, en lo que va del siglo; reforma que representa el último fruto de aquel ideal de Rousseau: educar es desarrollar de modo natural las aptitudes naturales.

La reforma, ya efectuada en casi todo el mundo, se refiere a la *materia* y al *método*.

El método heurístico hace del alumno, cualquiera que sea su edad, un inventor, un creador de Ciencia. La cual no se le presenta *hecha*, sino que se *hace* con su activa colaboración (*).

Ya no es el alumno, como en el método dogmático, un recipiente donde el profesor vierte su sabiduría, pues a su pasividad ante el monólogo del maestro substituye la actividad del diálogo; pero el método heurístico es algo más que el método socrático; esa colaboración del alumno ya no está reducida a su aprobación de las conclusiones que el docente va deduciendo, dándole así el índice de la capacidad receptiva de sus oyentes. Tampoco se reduce la participación de los educandos a sacar ellos mismos las conclusiones de las premisas silogísticamente preparadas por el docente, en sucesión agotadora que oculta el hilo conductor del razonamiento, hasta llegar a la ansiada meta del c. s. q. d., no con la alegría de conocer algo nuevo, sino con la satisfacción de terminar un viaje aburrido, impuesto como obligación, hasta una ciudad ya conocida, donde no se tienen afectos ni intereses. El alumno, en el método heurístico, no comprueba o *demuestra* las verdades que el profesor enuncia, sino que las *descubre* alegremente; pues no es la *posesión* de los bienes, sino su *adquisición*, lo que depara al hombre las más puras satisfacciones.

“El problema se reduce, como ya decía Laisant, a interesar al alumno, a estimularle en la investigación, dándole

(*) El método heurístico fué implantado en el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires (quizá con excesiva fidelidad al original) por los profesores alemanes que lo organizaron.

sin cesar el sentimiento (la ilusión, si se quiere) de que él descubre por sí mismo lo que se le enseña.”

A la árida sequedad del estilo de Euclides (tanto mayor cuanto más rigORIZADO) donde la Ciencia se presenta articulada como un código, substituye el método heurístico más perfeccionado la fluente concatenación de las ideas, que va conduciendo, insensiblemente, de lo conocido a lo desconocido, bajo la suave dirección de un experto compañero de viaje, hasta arribar a nuevas playas, con la alegría de los descubridores de mundos.

Desde la implantación del método heurístico en Alemania—dice el profesor Marotte, enviado del Gobierno francés para estudiarlo—ya no se cree necesario un don especial para entender las Matemáticas.

He aquí, pues, nuestra conclusión: quien esté dotado de *esprit de finesse* puede estar seguro de que también posee, en mayor o menor grado, espíritu geométrico, aunque por deficiencias de enseñanza no haya podido evidenciarse.

Graduando las dificultades y reduciendo la cantidad de conocimientos, logra el buen maestro que los alumnos entiendan y aun asimilen la enseñanza matemática; pero esta facilidad plantea el problema de la selección más adecuada para que el espíritu geométrico no se desarrolle a expensas del equilibrio y finura de espíritu a que se refería Pascal.

Durante el siglo XIX se consideraba como única finalidad educativa de la enseñanza matemática, el desarrollo de la facultad de abstracción y de razonamiento lógico y así opinan todavía algunos logísticos intransigentes.

De acuerdo con esta orientación, el Euclides se fué perfeccionando en su estructura lógica, gracias a los progre-

sos de la Axiomática, reduciéndose cada vez más la intervención de la intuición espacial, ya que no eliminándola, como algunos llegaron a creer, llenos de fervor deductivo.

En Italia, sobre todo, el prodigioso desarrollo de la alta Matemática en su dirección más abstracta y, por ende, la cultura superior, que cabe llamar excesiva, del profesorado secundario, condujo a extremos inverosímiles. Hombres especializados en la Matemática más abstracta y en la Logística, introdujeron una enseñanza perfecta en su rigor, pero tan formalista y vacía de contenido objetivo, que sus beneficios educativos son muy dudosos, aun admitiendo que tales enseñanzas fueran asimiladas, por figurar en los últimos años del período secundario.

Usando un símil de Klein, sucede con el rigor lógico como con la pureza de la atmósfera, que causa agradable y bienhechora sensación cuando se asciende en la montaña; pero este bienestar tiene su límite, pues pronto se llega al enrarecimiento, en que se perece por asfixia.

Ese límite se había sobrepasado ya, cuando el movimiento de opinión pública llamado de los *ingenieros*, iniciado en Alemania a fines del siglo, produjo una reforma substancial, que ha trascendido a muchos otros países.

“Es preciso aprender a leer no solamente en los libros impresos, sino también en el libro de la Naturaleza”, era uno de sus lemas, y al fin triunfaron las conclusiones del congreso de *Brunswiga*, que pedía un retorno a la realidad física, de la que se habían alejado las enseñanzas matemáticas en alas de su abstracción.

En el plan de 1900 se prescribe que los ejercicios de Matemáticas contengan aplicaciones a la Física y a la vida; y para ser profesor de Matemáticas se exige, no sólo demostrar competencia en la enseñanza de la Física, sino también estudiar tres semestres en una escuela técnica.

Como reconoce Marotte, la enseñanza así liberada de su parte muerta de lógica verbal, se hace más interesante, más viva, más llena de realidad; y las ventajas fueron tan pronto reconocidas, que en 1902 se reforma el plan francés, inspirándolo en las mismas ideas.

El plan Leygues, de 1902, que ha regido hasta la reforma Berard (la cual no ha modificado esencialmente esta tendencia), estaba inspirado en las mismas ideas directrices. Como dice el profesor Bioche, "introduce beneficiosas innovaciones, librando la enseñanza del yugo de una lógica estéril. Hoy se hace amplio uso de la intuición de los alumnos, y se buscan ejemplos de la vida práctica."

Las mismas ideas inspiraron el movimiento Perry en Inglaterra, siempre reacia a toda innovación; y hasta en Italia se van abriendo camino, como ha demostrado la reforma Gentile, que impone a los profesores de Matemáticas la obligación de enseñar también Física, con gran protesta de los que vivían aislados en la torre de marfil de sus abstracciones, rehuyendo toda contaminación con la impura realidad.

Y, sin embargo, al cabo de unos meses, "se han mostrado satisfechos y hasta entusiastas de las nuevas disposiciones, que permiten aplicar la Matemática pura y uniformar los diversos lenguajes."

Así lo declara Peano, uno de los creadores de la Logística, a quien se podría creer partidario de que su sistema formalista se introduzca en la enseñanza secundaria, como hacen algunos de sus discípulos; mientras él, con la superior visión que corresponde a su elevación mental, capaz de comprender todos los problemas, se complace en publicar, para que sirva de guía a los profesores, sus *Juegos de Aritmética*, llenos de adivinanzas

curiosas, de problemas sugestivos y de aplicaciones prácticas.

Hasta aquí los hechos. Analicemos ahora las razones determinantes de este movimiento general de reforma, casi terminado en Europa.

Que la finalidad fundamental de la enseñanza matemática es el desarrollo de la facultad de razonamiento y de abstracción, parece generalmente admitido. Puesto que la Lógica no se puede aprender en abstracto, sino aplicada a un objeto, el más claro y sencillo está formado por los entes matemáticos, y sobre ellos se ejercita el razonamiento deductivo.

La utilidad que debe esperarse de la enseñanza matemática secundaria, en cuanto a su fin educativo, es evitar esas confusiones tan frecuentes en la conversación y aun en discursos y libros, entre causa y efecto, todo y parte, condición necesaria y condición suficiente, recíproco y contrario, . . . aparte los círculos viciosos, peticiones de principio, etc.

La cuidadosa exactitud en las definiciones de los términos matemáticos, acostumbrará a los educandos a evitar las falacias *secundum dictionem* y las falacias *extra dictionem*, incluso las homonimias, anfibolias y las pro-sódicas.

Las demostraciones rigurosas constituyen un excelente preventivo contra el uso de los modos no concluyentes de razonamiento: falacia de *consequente ad antecedens*, silogismos de menor negativa en la primera figura, o con premisas afirmativas en la segunda, etc., etc.

El maestro Vaz Ferreira, en su interesante *Lógica viva*, hizo abundante caza de tales paralogismos y sofismas en artículos de prensa, discursos parlamentarios, etc., es decir,

en los razonamientos cuyas conclusiones sirven para gobernar a los pueblos, y la mayor parte de tales deslices son de tal índole, que un mediano estudio de Euclides durante la niñez los habría evitado.

Mas no podríamos decir lo mismo de otras fallas de razonamiento, más sutiles, para evitar las cuales no bastaría (y aun quizá sería contraproducente) un estudio profundo de Matemáticas, tal como éstas se entendían antes de la reforma.

En efecto, la Matemática es la Ciencia de las ideas sencillas. Para poder someter a sus métodos el Universo, lo substituye por un fantasma; y si se pretende aplicar sus conclusiones a la realidad, sin previa adaptación a las condiciones de que se hizo abstracción previa, los resultados serán fantásticos.

La Matemática sólo puede resolver problemas en que interviene un muy pequeño número de elementos variables; y si se quiere razonar *more geometrico* en las cuestiones sociológicas, en que es inmenso el número de condiciones determinantes, se impone una selección de los más influyentes o preponderantes en el fenómeno; pero si en esta selección se confunde lo esencial con lo secundario, (*fallacia ex accidente*) las conclusiones tendrán vicio de nulidad. He aquí el fracaso de muchos especialistas ante los complejos problemas de la vida, para los cuales no basta el espíritu geométrico, sino que es necesario ese don más complejo a que se refería Pascal; y el fracaso será tanto más visible cuanto más abstracta haya sido la formación matemática.

El médico o el abogado que sólo haya recibido una enseñanza secundaria rigurosamente deductiva y abstracta, apagando en él la llama de la intuición capaz de iluminar el fondo obscuro de lo complejo, sólo verá claro cuando

se le presenten las cuestiones en la simplicísima forma silogística; y como los síntomas del paciente y las declaraciones de los testigos suelen ser de apariencia inconexa, y casi siempre contradictorios, la conclusión que en buena lógica obtendrá es la inexistencia de la enfermedad o del delito.

La variedad de estudios literarios y científicos que en todos los países suelen formar el Bachillerato, contrarrestaba los perniciosos efectos de tal enseñanza matemática, desligada de la realidad en su génesis y en sus aplicaciones, como un buque fantasma que navega entre dos orillas eternamente inaccesibles; y la Naturaleza, que propende al equilibrio, suele borrar del espíritu la huella de todos los excesos educativos; pero si bien los efectos perniciosos nunca fueron alarmantes, por la falta de comprensión de casi todos los alumnos, siempre perduraban en una minoría de entusiastas que, sin el contrapeso de una cultura literaria, filosófica y de ciencias naturales, una vez que llegaban a profesores, propagaban el mal.

Contra él se reaccionó ya, adoptando aquel lema de Klein: "Retorno a la Naturaleza, que es nuestra maestra", y los beneficiosos efectos de esta reacción son ya perceptibles.

Ya no se cultiva sólo la facultad de la abstracción para sacar lo simple de lo complejo, sino también la facultad más delicada, de aplicar las leyes simples a la realidad compleja; ya no se desarrolla solamente el sentido de *exactitud*, sino también el de la *aproximación*.

Si la antigua enseñanza, abstracta, desligada del mundo, sin preocuparse de la génesis de los conceptos ni del retorno a la realidad, en vez de formar, deformaba los espíritus, haciéndolos minuciosos, utopistas, utilizadores, incapaces de encontrar en la vida soluciones razonables, confiemos en que la nueva tendencia, cada día más exten-

dida y acentuada en el mundo, sirva para dotar a los alumnos de aquel *sentido suplementario* para la vida, que Darwin atribuía a quienes han profundizado el Algebra, idea ya expresada por Pascal, con estas palabras:

“Entre esprits egaux et toutes choses pareilles, celui qui a de la Géométrie l'emporte et acquiert une vigueur toute nouvelle.”

EMILIO RAVIGNANI

LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN LA REPUBLICA ARGENTINA



COMPLETAN la cultura de un pueblo, las humanidades intensamente practicadas, que bajo el triple aspecto de la filosofía, las letras y la historia, exteriorizan las formas excelsas de la mente humana. La Facultad de filosofía y letras de B. Aires, durante tres decenios, se ha impuesto la difícil tarea de contribuir a que sea más denso el saber y a orientarlo mediante una persistente disciplina a fin de no reducir su obra a una mera repetición o trasplante de lo que se engendra en otros centros intelectuales; se ha propuesto una labor original, obligando a meditar sobre los problemas generales del conocimiento humano, entre los cuales se halla la construcción ideal del pasado, principalmente en lo que atañe a nuestras regiones. El aspecto estético tampoco podía descuidarse; de ahí que se lo ha considerado bajo la forma de la expresión literaria, fruto del ingenio humano, a fin de despertar, ya sea en presencia de los modelos, o por propia creación, nuevos estados de belleza.

Correspóndeme ofrecer en estas líneas, una interpretación sintética del estado de nuestra labor histórica, influyendo sobre nuestro ambiente.

Conviene advertir que durante los últimos tiempos se ha producido un ponderable mejoramiento en la cultura general, aunque falta esa creciente continuidad que permite alcanzar grandes destinos. Cada época va en procura

de una interpretación amplia de cómo el hombre logra la verdad. De ahí que aparezcan, por razones de exigencia mental, los máximos sistemas. Y es así como a un positivismo simplista y a una extremada comparación entre las ciencias naturales y las de la sociedad y del progreso humanos, ha seguido, en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, una interpretación más racional de la realidad, dando al entendimiento el lugar de preferencia que por un pernicioso materialismo, se le había quitado. La historia, como disciplina del pensar, experimentó esos efectos y sólo en estos últimos años asciende a la jerarquía que le corresponde por su contenido, en el ciclo de las humanidades.

Aquí no hemos escapado a la moda ambiente y casi diríamos, que se ha profesado el neoidealismo crociano, más por aparecer actuales que por precisa compulsión de las opiniones del filósofo italiano. De ahí que venga, en este momento a nuestra memoria, lo que dijera Orgaz, en "La historiografía argentina y la cultura nacional", al referirse a la influencia de las doctrinas extranjeras sobre nuestras orientaciones. Sostiene dicho autor que "cualquiera advierte sin esfuerzo que es fácil—y, en ocasiones, irresistible—adoptar un modelo extranjero recién propuesto, o una doctrina nueva, o un criterio prestigioso respecto de la manera de escribir la historia. ¡Cuántos eminentes espíritus creyeron, en su hora, hacer historia a la moda de Guizot o de Taine, y cuántos creen hacerla hoy a la moda de Croce! ¡Cuántos historiadores son rebajados en nuestros días, con prescindencia del valor intrínseco de su obra, en nombre del positivismo en decadencia, y cuántos otros se vanaglorian de una solícita adhesión al idealismo que renace! Hay... una especie de solidaridad entre la historia y la cultura, y por

"lo tanto entre la historiografía y la filosofía; sólo que ella no resultará del troquel a que previamente se haya llevado la obra, ni de la convicción con que se afirme una doctrina, sino del modo real en que la doctrina haya pasado al espíritu del historiador, y de éste a su obra."

Aunque sin ánimo de faltar a la consideración y respeto de nuestros colegas de disciplina, que trabajan en este reducido ambiente argentino, debemos confesarnos más vale escépticos, sobre sus arraigadas convicciones en el neoidealismo o concepción idealista de la historia. Creemos que no están en la orientación ni se han compenetrado de lo que significa la posición de Croce. Han recorrido, pero no meditado, la "Storia de la storiografía", han sospechado apenas la "Lógica", y no han llegado a asimilar el sistema crociano. Tomar aisladamente cualquiera de sus libros conduce a la incomprensión de la materia, cosa que ha sucedido en la mayor parte. La palabra del maestro nos da la razón, cuando arguye que "qualche schiarimento richiede la designazione che porta il volume come "quarto" della mia *Filosofía dello spirito*; della quale, a dir vero, non forma una nuova parte sistematica, ed é da considerare piuttosto come un approfondimento ed ampliamento alla teoria della storiografía già delineata in alcuni capitoli della seconda parte, ossia della *Logica*. Ma il problema della comprensione storica é quello verso cui tendevano tutte le indagini da me condotte intorno ai modi dello spirito, alla loro distinzione ed unitá, alla loro vita veramente concreta che é svolgimento e storia, e al pensiero storico, che é l'autocoscienza di questa vita."

Con esto reafirmamos que, comprendido este aspecto medular, no hubiera existido posibilidad de errores de lesos concepto filosófico y nuestra disciplina hubiera alcanzado

una mayor trascendencia, que por cierto le ha negado el positivismo o cualquiera de los procedimientos más fáciles, en boga aun. El encastillamiento en la especialización minuciosa de un asunto, pretendiendo hacer de él un epicentro de todos los procesos posteriores, sin interpretar la realidad en que se apoyan, confiesan sin rebozo, por una parte, pereza mental para afrontar los sumos problemas y, por otra, falta de sentido de lo que importa el término *saber*.

La meditación del espíritu humano para dar con las explicaciones racionales busca sistematizar la realidad a fin de construir un concepto. Y así, a esa filosofía trascendente y teológica, como dice Croce, se la ha sustituido por una que funda su naturaleza en "las indagaciones concernientes a las categorías de la experiencia, las ideas o los valores, según agrada ahora llamarlos, o, en otros términos, el espíritu en sus formas y en la dialéctica y unidad de sus formas. Se podría, además, agrega Croce, demostrar, con un examen histórico, que la filosofía genuina no ha sido otra cosa que eso, aun en la antigüedad, aun en la Edad Media, para no hablar de los tiempos modernos que han producido el Discurso sobre el método, la Ciencia nueva, la Crítica de la razón pura y la Lógica hegeliana; que la misma concepción teológica y trascendente, cuando no ha representado el elemento negativo contra el cual ella combatía y desarrollaba sus propias fuerzas, ha sido el disfraz con que, más o menos conscientemente, se ha cubierto, al abrirse su camino; y que, en suma, todas las adquisiciones realmente hechas por la filosofía se contemplan como perfeccionamiento de nuestros conocimientos acerca de los modos cómo el espíritu obra para producir la ciencia y el arte y la

"acción práctica y moral, y particularizando todo lo demás."

Nuestra desorientación sobre estos precisos conceptos, ha conducido a un ilustrado colega a buscar una cohesión imposible, artificial, entre un conjunto de historiadores nacionales, para ponerlos bajo la manta protectora y el padrinazgo augusto de Benedetto Croce. Nada más equivocado; y lo sostenemos convencidos que una muy reducida minoría ha alcanzado a percatarse hasta dónde y cómo alumbra la lámpara votiva de su guía, los cruentos sacrificios a la verdad en la interpretación de los hechos históricos.

Croce, dentro del rigorismo de sus demostraciones, contempla los diversos aspectos del pensar. La filosofía, materializando un tanto el concepto, "restaura y readapta las categorías", que son como "los instrumentos" con que se forjan la materia del pensar. Y, agrega que, "así como los instrumentos no son instrumentos efectivos sino en el trabajo para el cual han sido hechos y en el cual se consumen, así también la filosofía no es real y concreta sino por la experiencia, o, para designar eso con un amplio vocablo, en la historia." De aquí deriva la unidad de filosofía y construcción histórica. Y por este camino deriva Croce una definición paradójica de la filosofía "como el momento abstracto de la historiografía o la metodología de la historia". La filosofía, constantemente, obliga a renovar el juicio histórico, y evita los extravíos en que pueda incurrirse interpretando la realidad, lo concreto. De aquí parecería derivarse la posibilidad de una oposición entre filosofía e historia; no; si ella existe es con la metafísica. Considerados así los conceptos, ya no cabe un supuesto dualismo entre la historia y la naturaleza, cuando no son sino dos modos gnoseológicamente diversos de ela-

boración mental de la única realidad: " uno, un modo " puramente teórico; otro, un modo teórico-práctico. " Pero toda vez que se prescindía en las ciencias de lo que " es en ellas subsidiaria abstracción y esquematismo didáctico, se ve en ellas, a la par de la historia, indagan " y piensan, y conocen los hechos particulares e individuales en su devenir y por eso son historia, y ni siquiera, " rigurosamente hablando, una historia natural frente a " una historia humana, sino una historia viviente y espiritual como ésta, y ni más ni menos que ésta, que, por " lo demás, también, con el uso de la abstracción, puede " ser bajada y ha sido bajada a naturaleza y abstracta " historia natural. Por un lado, los conceptos históricos " de evolución o de evolución creadora, de lucha por la " vida, de triunfo del mejor, y otros semejantes, entrados " en las ciencias naturales; y por otro lado, la conciencia " a que se ha llegado, por obra precípua de los teóricos de " las ciencias naturales, acerca de los elementos abstractos " y convencionales, y las exigencias de economía mental a " que ellos dan forma, tienden precisamente a poner en " claro que el contenido cognoscitivo de las ciencias naturales es contenido histórico. "

Despertará curiosidad y se preguntará a qué responde esta exposición teórica; pero si se tiene un poco de paciencia, en seguida se comprenderá por qué queremos partir en forma indubitable de lo que significa la pretendida posición de ideas que han adoptado algunos autores.

Ante todo, corresponde decir que la actual producción histórica se halla casi toda absorbida por profesores universitarios, por miembros de instituciones que tienen como finalidad principal la elaboración histórica y por alguno que otro franco tirador, epígonos de escritores que ya han pasado.

En todas las Facultades argentinas, donde existen cátedras medulares o afines con la historia, cuentan con docentes que se consagran, incesantemente, en sus trabajos, a ella. Pero es en la Facultad de filosofía y letras, de Buenos Aires, de Humanidades y ciencias de la educación, de La Plata, y en la similar del Litoral, en donde más se exterioriza este hecho. Y para completar el cuadro, mencionaremos al Instituto nacional del profesorado secundario, que también vive en este movimiento, formándose en su seno los futuros docentes de la escuela secundaria, bajo la dirección de maestros que provienen de la Universidad.

No debe silenciarse la particularidad de que muchas veces son las necesidades de la enseñanza que producen estos resultados, pues los requerimientos de la didáctica a menudo distraen en vez de concentrar. Amén de que en la Facultad de filosofía no se ha alcanzado el equilibrio definitivo entre las varias disciplinas y la historia, por cuanto se observa que el esfuerzo de las investigaciones científicas de los profesores no corre parejas con la vocación que debería despertarse en los alumnos, fenómeno producido no por la falta de condición en éstos, sino por el exceso de las materias correlativas que atiborran el calletre del estudiante y no le dejan resquicio libre como para convertir en asunto central de su cultura las diferentes asignaturas del ciclo histórico.

La mayoría de nuestros profesores, además, pertenece a centros donde se discurre y trabaja sobre el pasado. La Junta de historia y numismática reúne un buen número de colaboradores, y los órganos del Estado, como la Biblioteca nacional, con Groussac, el Archivo general de la Nación, el Museo Mitre y algunos repositorios de provincia, elaboran y editan materiales para el historiador. En

las Universidades funcionan Seminarios, y en la nuestra, los Institutos de investigaciones históricas, de investigaciones geográficas, de literatura argentina, de filología, el Museo etnográfico, el gabinete de historia de la civilización e historia del arte, ya trabajan en forma central sobre los estudios históricos o aportan elementos auxiliares para los mismos.

En lo que atañe al Instituto de investigaciones históricas que dirigimos, recordaremos que, conscientes de nuestro deber, se ha contemplado todos los aspectos de la producción histórica y de los períodos que corresponde abarcar. De ahí que a la edición rigurosamente fidedigna de las fuentes inéditas, se agreguen las raras editadas; a la tarea monográfica, que fija con precisión un asunto, se la completa mediante el interés en torno de los problemas actuales, en un Boletín, que demuestra cómo puede vivir en nuestro ambiente una revista de exclusiva materia histórica. Y en este conjunto orgánico y organizado, se avalloran todos los procesos, desde los del descubrimiento y conquista hasta los de nuestra organización constitucional, tratando de concentrar determinadas investigaciones y su interpretación sobre aquellos puntos que, una vez dilucidados, puedan imprimir un progreso al saber.

En estos últimos años, cierta ruidosa actividad indujo a un profesor de esta casa, respetable y respetado, el doctor Juan A. García, espíritu exquisito y sutil, lleno de bondad, a sostener la existencia de una nueva escuela histórica; y uno de los, diremos así, componentes de ella, el señor Rómulo D. Carbia, nos ha bautizado como a mentes que "navegan en el pensamiento crociano". Sostenemos que nuestro colega Carbia ha puesto demasiado navegantes en el mar del pensamiento del filósofo italiano, y que hoy por hoy, después de lo que hemos apuntado al comienzo,

son más bien *rari nantes*. El mismo Carbia ha de participar un día de esta posición que deslindamos, si quiere seguir manteniendo los postulados de ética profesional que nos hemos impuesto la mayoría de los miembros del Instituto.

En cuanto a los francotiradores, baste decir que para algunos se le ha presentado la posibilidad de un éxito pecuniario más que de saber. Sino ¿qué otra cosa es la floración de librerías sobre la época de Rosas, que nada aportan, salvo los de algunos autores conocidos, y que sólo traducen audacia e ignorancia? A ser ecuanimes, también cabe decir que existen algunos serios estudiosos.

Estas reflexiones, *a contrario sensu*, definen perfectamente nuestra posición en el ambiente descripto. Considerado el conocer histórico como el de los grandes procesos que forman categorías, y sometidas éstas a la fragua de la crítica filosófica, hallaremos que aun falta construir y pensar una nueva historia argentina.

Encarada así nuestra historia, descubriremos amplios horizontes para el esfuerzo que pretendemos realizar en el ambiente; y si podemos ofrecer elementos culturales en el orden local, con el mismo propósito, cabe esperar que se ofrecerá, en una época no lejana, un ponderable aporte a la cultura general. De la claridad y amplitud de nuestras concepciones explicativas sobre la historia argentina y americana depende que podamos penetrar en el hermetismo estrecho de los otros centros de cultura. Debemos hacerles comprender, mediante una seria elaboración de nuestra historia, que sus aseveraciones son incompletas, fragmentarias y que no llegarán a una universalidad racional si no toman en cuenta el devenir ascendente del Nuevo Mundo. Mas, por desgracia, justo es decir que esto no puede ser obra de un solo hombre; tiene que ser conse-

cuencia de un estado complejo y total de las disciplinas a que aludía al comienzo de esta exposición.

Pero, volviendo a nuestras tareas, ¿cabe suponer que nos sea dado emprender un estudio original?

Sin titubear, contestaremos afirmativamente. Bastará recordar lo que se ha hecho en estos últimos años y lo que se ha planeado ya, para presentir cómo nos hallamos en el camino seguro.

Ante todo, siguiendo la pauta del tiempo, se está reelaborando y ampliando con seguridad de criterio todo lo relativo a los descubrimientos. Precisamente, la meditación sobre estos asuntos nos conduce poco a poco a renovar el instrumental informativo. Si penetramos en la realidad contemporánea a ese gran suceso humano, surgen múltiples cuestiones concretas de método que hacen comprensible ese capítulo de la historiografía americana, demostrándonos cómo un complejo de elementos analíticos ha acondicionado un proceso que culmina en Colón. Con éste ya se emprende una nueva etapa en los descubrimientos, exploraciones y colonizaciones, donde cada uno de los aspectos exige una información precisa y una penetración de las fuentes que, en el Instituto, se están preparando merced a la utilización de los archivos locales y de España. El asunto del régimen legal de Indias, que importa el conocimiento de las instituciones, necesita ser bien comprendido para explicarse no sólo el estado político de la colonia sino también el contenido renovador de la revolución y hasta dónde alcanzó ésta a transformarnos. Tanto el período de las gobernaciones como el del virreinato, en lo que a nuestras regiones se refiere, cuenta con abundante información ya y serios ensayos. Mas forzoso es decir que resta mucho por hacer aún. Del virreinato del Río de la Plata se han tratado ya, en forma monográfica,

repetimos, algunos aspectos; pero no puede decirse que aun se ha renovado totalmente su explicación si se compara con lo que se había hecho anteriormente entre nosotros. No obstante se confía que en un futuro no lejano, se contará con alguna obra orgánica. Al virreinato en descomposición siguen múltiples cuestiones del período independiente; y así, lentamente, a medida que se sacude la acción directa del gobierno español en virtud de la guerra, se van destruyendo las instituciones seculares sin reemplazarlas al instante de una manera satisfactoria. Por ende, se explica cómo de 1810 a 1820 se marcha hacia nuevas formas políticas, con hondas agitaciones sociales que darán por resultado la aparición de las provincias y cuya personalidad se afirma desde 1819 a 1825. Y a medida que la preocupación de librarse del estado de dependencia desaparece, surgen y se magnifican las cuestiones de la organización, polarizándose las opiniones hacia dos estados concretos: el unitarismo, que es minoría por un lado, y el federalismo, por el otro, que se impondrá por el número. No deseamos pormenorizar los diversos aspectos del asunto. Pero sí diremos que cuando uno se penetra bien del problema, resulta clara la explicación de por qué la acción del unitarismo ilustrado de 1825 a 1827 fracasa por hallarse en oposición a las fuerzas federales en auge. Pero el país necesitaba salir de la situación de desorden y para ello no se constata más solución que la acción rosista que va de 1829 a 1852. La pasión partidaria ha impuesto un salto sobre este período; pero si los actuales persistimos en este error, incurriremos en una incompreensión de cómo se impone la Carta fundamental de 1853 y de cómo el país puede, a partir de 1860, considerarse definitivamente orientado hacia nuevos destinos históricos, dentro de cuyo proceso hoy vivimos.

Refiriéndonos a ese momento de Rosas, reafirmamos lo que dijimos hace algún tiempo. No podemos considerar este valor histórico argentino sin un breve paréntesis sobre ciertos factores y sobre el juicio que nos hemos formado de su época. El período que se inicia en 1831, estando él en el gobierno, tiene, para nuestro porvenir como nación constituida, su desenlace en 1853, con la constitución nacional. Período constructivo en el que, de acuerdo con aquella verdad histórica enunciada por Renouvier, "nace la idea que se impone en la conciencia de todos y se formula en una convención", mediante la cual se organiza políticamente un pueblo. Gravita sobre esa época un estigma de barbarie exagerado por el partidismo.

Se nos objetará que pretendemos hacer la apología de lo que todos atacan. Mucho lamentamos el error de este prejuicio. Se nos dirá que aun con el criterio más sereno no será posible negar que fué la época del imperio del mal, del aislamiento y no de la unión. A esto respondemos con el autor antes citado que, en el devenir histórico, el mal es una condición para que nazca el bien como antítesis; y aunque parezca paradójica, el aislamiento fué una circunstancia ineludible para imponer la unión nacional y el federalismo. Nadie desconocerá que Rosas fué un organizador aunque no haya dictado una constitución, por cuanto la organización existe solidariamente con los dictadores.

Si quisiéramos encerrar en una expresión concisa nuestro pensamiento, interpretando la transformación operada, que el acto injusto engendra la reacción; que la política unitaria, sin visión de la realidad, fué un mal contra la democracia, dió vida al federalismo, y el ejercicio de los principios federales produjo la organización.

Definir el estado colectivo del período que nos atre-

vemos a llamar de sedimentación de nuestra nacionalidad, sería imposible si nos fiáramos en la sincera adulonería de las masas o en el solícito acatamiento de los gobernantes. Cuando se comprueba como dogma de los hombres libres, la adopción incondicional de los distintivos, y que el delito político de pensar contra el gobierno llevaba implícito pena de la vida, se comprenderá que el contenido ideológico de aquellos tiempos carecía de los principios del orden y de la libertad, en la forma que nosotros lo entendemos.

Hay momentos en que el hombre libre es incapaz de gobernarse y el servil incapaz de obedecer; semejantes contradicciones hacen más confusos los fenómenos que explican la dictadura, que emerge como resultado de los intereses locales, de las ambiciones personales enmascaradas y de la necesidad popular de un gobernante fuerte, prestigiado por su excesiva intolerancia.

Sin embargo, saturados los unos de santa federación, encurtidos de odio hacia Rosas los otros, ambos bandos cifraban todo su porvenir en formar una nación regida por leyes.

Se diría que la conciencia nacional se iba plasmando paulatinamente, uniendo a todos los enemigos que amenazaban, si no ahogarla, aletargarla bajo la presión de las pasiones que dominaban. Esta formación se impuso como un deber social y político; pero como es lógico, no podía durar mucho tiempo, sin que se implantara el derecho correlativo, cristalizado en la constitución, garante de ella y tutelar de los derechos recíprocos.

Por encima de la solidaridad colectiva, nace la ley que contribuye a su conservación.

Estos principios generales nos explican cómo Rosas supo fomentar el sentimiento nacional e imponer el fede-

ralismo, y cómo le faltó la aptitud oportuna de favorecer la sanción del derecho; pero será uno de su misma tendencia quien lo realizará persistentemente hasta la coronación; me refiero al general Urquiza.

Si se observa la línea de los sucesos desde 1831, notaremos cómo Rosas consigue que al rededor del núcleo de las cuatro provincias litorales, ligadas por el pacto de ese año, se agreguen paulatinamente las demás.

Valiéndonos del tropo agradable a la sensibilidad, y sin omitir el juicio comprensivo, diremos que este momento de nuestra vida institucional es el primer torrente formado por la fusión de la nieve, pero en el que se han introducido, a cierto nivel de su curso, los desbordes de aguas despeñadas por medio de filtraciones sutiles que han perdido toda la fuerza de destrucción.

Los desvíos partidistas de los unitarios, sin fundarse en el poder de los pueblos, incurrieron en el grave error de buscar en el extranjero el apoyo militar; pero sin quererlo, por oposición, dieron estabilidad a Rosas para resistirlos, convirtiendo la guerra civil en una guerra internacional.

A medida que esa fracción menudeaba los ataques en la propaganda y en los campos de batalla, el país iba tomando cohesión nacional interna; y lo más notable es la desaparición paulatina de las ideas unitarias entre los mismos hombres que la formaban.

La realidad política los iba poco a poco convenciendo en la acción. Se llega a convertir un estado de lucha entre partidos en una acción contra Rosas. Entre los mismos federales se vislumbra el espíritu de conciliación; el episodio del tratado del Alcaraz, suscrito entre Urquiza y Madariaga, en Corrientes, lo prueba.

Pero Rosas considera que Urquiza ha violado el pacto

de 1831. No obstante, desde este momento comienza, dentro del mismo federalismo triunfante, el germen de la constitución, como una consecuencia de la idea nacional, que exigía la convocatoria de un congreso.

Rosas comenzaba a ser inactual, y no comprendía que el pacto de 1831, principio director de nuestro régimen político, exigía que se ayudara al crecimiento de la nación.

Era fatal que la actitud de Urquiza, de 1° de mayo de 1851, se afirmara inmediatamente, produciéndose la adhesión paulatina de todo el interior del país. La batalla de Caseros fué una caída sin lucha, una liquidación sin resistencia, por cuanto los dos bandos federales, a pesar de las infiltraciones de los emigrados, deseaban unirse en lugar de combatir.

Muchos historiadores y exégetas de nuestra constitución formulan un último argumento, para condenar los veinte años de historia nacional que hemos caracterizado, diciendo que gran parte de las disposiciones de la constitución de 1853 ya estaban en la de 1826, y por ende el país perdió más de veinte años de progreso. Olvidan, aquéllos, que la constitución que debía fijar el orden y la armonía de los poderes no podía practicarse, porque el pueblo no lo sabía. La sociabilidad de 1853 ya no es la de 1826, y sólo los nuevos valores históricos hacen factible su aplicación. Si las constituciones se dictaran para cada individuo aislado, sería muy fácil hacerlo; pero es muy difícil imponerlas coercitivamente sobre la colectividad, por cuanto ésta tiene un recurso invencible, el de violarlas o derribarlas violentamente.

En seguida del triunfo, Urquiza pone en vigencia el pacto mencionado, para definir la forma de gobierno, por medio del Acuerdo de San Nicolás, que fué la etapa intermedia hasta promulgar la constitución.

Allanado el camino, el vencedor de Rosas respetó la formación nacional argentina, cimentada por la práctica federal que traducía el pacto de 1831 y que subsistiría en la futura constitución escrita. Es que el pacto había trazado vigorosamente la nacionalidad que venía desenvolviéndose durante el período que corrió de 1820 a 1852. El Acuerdo de San Nicolás lo ratificaba, y salvo Buenos Aires, que desviada por la acción errónea de los hombres lo rechazó, la nacionalidad argentina, al probarlo, ofreció la coraza de su resistencia contra una nueva disolución, venciendo las insinuaciones vehementes hacia el desorden.

He aquí por qué, en vísperas del congreso constituyente de 1853, el carácter cismático que presidiera la conducta de un gran número de llamados unitarios—¡desgraciado empleo de los términos!—reanudó en el país otro período de conflictos a fin de postergar la constitución. Pero las predisposiciones de estos hombres, llenos de aspirabilidades por gobernar, no hallaron pábulo en nuestro espíritu nacional.

Después del largo término de ocho años de secesión de Buenos Aires de las provincias, de 1854 a 1862, se verifica la última etapa de la fraternidad nacional, mediante la entente de los dos hombres representativos de entonces, Urquiza y Mitre. Con los precisos y abundantes documentos de estas relaciones en los últimos años, se podría, con un poco de imaginación, reconstituir un diálogo político en el que la unión nacional sería su motivo.

La sinceridad y el renunciamiento de Urquiza, y la acción de Mitre, impidieron que prosperaran los perturbadores de la formación nacional; porque en todos los momentos en que se asoma la anarquía, pululan los tru-

hanes inteligentes que buscan primar con sus odios y pasiones antisociales.

Después de los problemas apuntados se me preguntará si existe alguna obra sistemática que los haya coordinado. La respuesta es negativa, y, por implicancia, comprendemos por qué, a pesar del esfuerzo de Paul Groussac, aun siguen, entre la gente cultivada, imperando las dos historias de Mitre, sobre Belgrano y San Martín, y la historia argentina de López. Y aunque el citado Groussac haya renovado el ambiente asestando con el agudo ariete de su crítica golpes certeros, para derribar muchas almenas de la ignorancia, sin embargo ni Mitre ni López han sido substituídos. No debemos engañarnos; todos los esfuerzos en que estamos empeñados deben conducirnos a madurar la obra general y comprensiva de la historia americana y argentina futura; mientras tanto, si bien es cierto que lo realizado no es estéril, tampoco debe ser la *última ratio* de nuestros afanes.

Estimamos que aun se necesitan algunos años de ruda tarea renovadora antes que el historiador pueda abordar con éxito la empresa. Las esperanzas con probabilidades de realidad existen; pero aun no puede sostenerse que se ha logrado la renovación y progreso que muchos anhelamos.

Casi diríamos, parodiando al gran dramaturgo inglés, al pintar el carácter de una dueña, que hablaba en una hora más de lo que pensaba en un mes, que se han expuesto más propósitos en estos últimos quince años de lo que podrá realizarse en medio siglo.

No obstante, las rutas están indicadas, los problemas se vislumbran con precisión, los elementos del conocer cada día son más claros y las orientaciones más seguras, todo

lo cual nos induce a suponer que no cabe pesimismo alguno sobre el futuro inmediato de la cultura histórica de nuestro país.

El gran moralista Quevedo, en un pasaje de su Epístola satírica y censoria, se pregunta por qué

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

A ello responderemos, para enseñanza de los que envejecen en estos estudios, que siempre se ha de tener la valentía espiritual de apuntar dónde está la verdad o señalar dónde se esconde el error. Y para que todo no sea obra negativa, se ha de imbuir nuestro ambiente de una densa cultura honestamente adquirida y no simulada bajo el oropel que nace del aplauso fácil y superficial.

Aun nos quedan por dominar plenamente dos requisitos esenciales: sana erudición, comprensiva de los grandes procesos de nuestra historia, y orientación precisa, al unísono del estado actual del pensamiento. Creemos que algunos están en el camino de alcanzar ambas aspiraciones; sólo falta persistir en la única cosa indispensable: el estudio honesto que conduce al saber y la intuición propia de todo historiador que permita alcanzar la verdad. Si logramos aunque sea una parte mínima de esta aspiración, habremos contribuido a hacer posible un imperativo que nos impone la función docente que tenemos asignada, y habremos logrado aportar un poco de relieve a nuestra modesta intervención en la cultura general. Sólo cabe concentrar nuestro esfuerzo sobre "le sudate carte", como diría Leopardi, tratando de acercarnos a la comprensión de los múltiples problemas que conducen a la sabiduría.

JORGE LUIS BORGES

INDAGACION DE
LA PALABRA :: ::

I



QUIERO repartir una de mis ignorancias a los demás: quiero publicar una muy volvedora indecisión de mi pensamiento, a ver si algún otro dubitador me ayuda a dudarla y si su media luz compartida se vuelve luz. El sujeto es casi gramatical y así lo anuncio para aviso de aquellos lectores que han censurado (con intención de amistad) mis gramatiquerías y que solicitan de mí una obra *humana*. Yo podría contestar que lo más humano (esto es, lo menos mineral, vegetal, animal y aun angelical) es precisamente la gramática; pero los entiendo y así les pido su venia para esta vez. Queden para otra página mi padecimiento y mi regocijo, si alguien quiere leerlos.

La tarea de mi cavilación es esta: ¿Mediante qué proceso psicológico entendemos una oración?

Para examinarlo (no me atrevo a pensar que para resolverlo) analicemos una oración cualquiera, no según las (artificiales) clasificaciones analógicas que registran las diversas gramáticas, sino en busca del contenido que en-

tregan sus palabras al que las recorre. Séase esta frase conocidísima y de claridad no dudosa: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, y lo que subsigue.

Emprendo el análisis.

En. Esta no es entera palabra, es promesa de otras que seguirán. Indica que las inmediatamente venideras no son lo principal del contexto, sino la ubicación de lo principal, ya en el tiempo, ya en el espacio.

Un. Propiamente, esta palabra dice la unidad de la calificada por ella. Aquí, no. Aquí es anuncio de una existencia real, pero no mayormente individuada o delimitada.

Lugar. Esta es la palabra de ubicación, prometida por la partícula *en*. Su oficio es meramente sintáctico: no consigue añadir la menor representación a la sugerida por las dos anteriores. Representarse *en* y representarse *en un lugar* es indiferente, puesto que cualquier *en* está en un lugar o lo implica. Se me responderá que lugar es un nombre sustantivo, una cosa, y que Cervantes no lo escribió para significar una porción del espacio, sino con la acepción de villorrio, pueblo o aldea. A lo primero, respondo que es aventurado aludir a *cosas en sí*, después de Mach, de Hume y de Berkeley, y que para un sincero lector sólo hay una diferencia de énfasis entre la preposición *en* y el nombre sustantivo *lugar*; a lo segundo, que la distinción es verídica, pero que recién más tarde es notoria.

De. Esta suele ser palabra de dependencia, de posesión. Aquí es sinónima (algo inesperadamente) de *en*. Aquí significa que el teatro de la todavía misteriosa oración central de esta cláusula está situado a su vez en otro lugar, que nos será revelado en seguida.

La. Esta casi palabra (nos dicen) es derivación de *illa*,

que significa *aquella* en latín. Es decir, antes fué palabra orientada, palabra justificada y como animada por algún gesto; ahora es fantasma de *illa*, sin más tarea que indicar un género gramatical: clasificación asexuadísima, desde luego, que supone virilidad en los alfileres y no en las lanzas. (De paso, cabe recordar lo que escribe Graebner acerca del género gramatical: Hoy prima la opinión de que, originariamente, los géneros gramaticales representan una escala de valor, y que el género femenino representa en muchas lenguas—en las semíticas—un valor inferior al masculino.)

Mancha. Este nombre es diversamente representable. Cervantes lo escribió para que su realidad conocida pres-tase bulto a la realidad inaudita de su don Quijote. El ingenioso hidalgo ha sabido pagar con creces la deuda: si las naciones han oído hablar de la Mancha, obra es de él.

¿Quiere decir lo anterior que la nominación de la Mancha ya era un paisaje para los contemporáneos del novelista? Me atrevo a asegurar lo contrario; su realidad no era visual, era sentimental, era realidad de provincianería chata, irreparable, insalvable. No precisaban visualizarla para entenderla; decir la Mancha era como decirnos Pigüé. El paisaje castellano de entonces era uno de los misterios manifiestos (*offenbare Geheimnisse*) goetheanos. Cervantes no lo vió: basta considerar las campiñas *al itálico modo* que para mayor amenidad de su novela fué distribuyendo. Más docto en paisajes manchegos que él, fué Quevedo: léase (en carta dirigida a don Alonso Messía de Leiva) esa su durísima descripción que empieza: *Por la Mancha, en invierno, donde las nubes y los arroyos, como en otras partes producen alamedas, allí lodazales y pantanos . . .* y remata así, a los muchos renglones: *Amaneció; bajeza me parece de la aurora acordarse de tal sitio.*

*

Creo inútil la pormenorizada continuación de este análisis. Notaré solamente que la terminación de este miembro está señalada por una coma. Esta rayita curva indica que la locución sucesiva: *de cuyo nombre*, debe referirse, no a la Mancha (de cuyo nombre sí quiso acordarse el autor), sino al lugar. Es decir, esta rayita curva o signo ortográfico o pausa breve para compendiar o átomo de silencio, no difiere sustancialmente de una palabra. Tan intencionadas son las comas o tan ínfimas las palabras.

Investiguemos ahora lo general.

Es doctrina de cuantas gramáticas he manejado (y hasta de la inteligentísima de Andrés Bello) que toda palabra aislada es un signo, y marca una idea autónoma. Esta doctrina se apoya en el consenso del vulgo y los diccionarios la fortalecen. ¿Cómo negar que es una unidad para el pensamiento, cada palabra, si el diccionario (en desorden alfabético) las registra a todas y las incomunica y sin apelación las define? La empresa es dura, pero nos la impone el análisis anterior. Imposible creer que el solo concepto *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, esté organizado por doce ideas. Tarea de ángeles y no de hombres sería conversar, si esto fuera así. No lo es y la prueba es que igual concepto cabe en mayor o menor número de palabras. *En un pueblo manchego cuyo nombre no quiero recordar*, es equivalente y son nueve signos en vez de doce. Es decir, las palabras no son la realidad del lenguaje, las palabras—sueltas—no existen.

Esa es la doctrina crociana. Croce, para fundamentarla, niega las partes de la oración y asevera que son una intromisión de la lógica, una insolencia. La oración (arguye) es indivisible y las categorías gramaticales que la desarman

son abstracciones añadidas a la realidad. Una cosa es la expresión hablada y otra su elaboración póstuma en sustantivos o en adjetivos o en verbos.

Manuel de Montolíu, en su declaración (y a veces refutación) del crocismo, dilucida bien esa tesis y la resume así, no sin demasiado misterio: La única realidad lingüística es la oración. Y este concepto de oración se ha de entender no en el sentido que se le da en las gramáticas, sino en el sentido de un organismo expresivo de sentido perfecto, que tanto comprende una sencilla exclamación como un vasto poema (*El lenguaje como fenómeno estético*. Buenos Aires, 1926).

Psicológicamente, esa conclusión de Montolíu-Croce es insostenible. Su versión concreta sería: No entendemos primero la preposición *en* y después el artículo *un* y luego el nombre sustantivo *lugar* y en seguida la preposición *de*; preferimos apoderarnos, en un solo acto de cognición, de todo el capítulo y aun de toda la obra.

Me dirán que hago trampa y que el alcance de esa doctrina no es psicológico, sino estético. A eso respondo que una equivocación psicológica no puede ser también un acierto estético. Además, ¿no dejó dicho ya Schopenhauer que la forma de nuestra inteligencia es el tiempo, línea angostísima que sólo nos presenta las cosas una por una? Lo espantoso de esa estrechez es que los poemas a que alude reverencialmente Montolíu-Croce alcanzan unidad en la flaqueza de nuestra memoria, pero no en la tarea sucesiva de quien los escribió ni en la de quien los lee. (Dije espantoso, porque esa heterogeneidad de la sucesión despedaza no sólo las dilatadas composiciones, sino toda página escrita.) Alguna cercanía de esa posible verdad fué la razonada por Poe, en su discurso del principio poético, al sentenciar que no hay poemas largos y que el

Paraíso Perdido es (efectualmente) una serie de composiciones breves. Digo en español su parecer: Si para mantener la unidad de la obra de Milton, su totalidad de efecto o de impresión, la leemos (como sería preciso) de una sentada, el resultado es sólo un continuo vaivén de excitación y de abatimiento. . . . De esto se sigue que el efecto final, colecticio o absoluto de la mejor epopeya bajo el sol, será forzosamente una nadería, y así es la verdad.

¿Qué opinión asumir? Los gramáticos implican que deletreemos, palabra por palabra, la comprensión; los seguidores de Croce, que la abarcamos de un solo vistazo mágico. Yo descreo de ambas posibilidades. Spiller, en su hermosísima Psicología (conste que uso deliberadamente el epíteto) formula una tercera respuesta. La resumiré; demasiado bien sé que los resúmenes añaden un falso aire categórico y definitivo a lo que compendian.

Spiller se fija en la estructura de las oraciones y las disocia en pequeños grupos sintácticos, que responden a unidades de representación. Así, en la frase ejemplar que hemos desarmado, es evidente que las dos palabras *la Mancha* son una sola. Es evidente que se trata de un nombre propio, tan indivisible por la conciencia como *Castilla* o *las Cinco Esquinas* o *Buenos Aires*. Sin embargo, aquí la unidad de representación es mayor: es la locución *de la Mancha*, sinónima, advertimos ya, de *manchego*. (En latín convivieron las dos fórmulas de posesión y para decir *el valor de César*, hubo *virtus Caesarea* y *virtus Caesaris*; en ruso, cualquier nombre sustantivo es variable en nombre adjetivo.) Otra unidad para el entendimiento es la locución *no quiero acordarme*, a la que añadiremos tal vez la palabra *de*, pues el verbo activo *recordar* y el verbo reflejo y construido con preposición *acordarse de*, sólo en las gramáticas son distintos. (Buena prueba

de la arbitrariedad de nuestra escritura, es que hacemos de *acordarme* un sola palabra, y dos de *me acuerdo*.) Continuando el análisis, repartiremos en cuatro unidades nuestro período: *En un lugar | de la Mancha | de cuyo nombre | no quiero acordarme*, o *En un lugar de | la Mancha | de (cuyo nombre) no quiero acordarme*

He aplicado (tal vez con desaforada libertad) el método introspectivo de Spiller. Del otro, del que asevera que toda palabra es significativa, ya hice una reducción al absurdo (involuntaria, honesta y cuidada) en la primera mitad de este razonamiento. Ignoro si Spiller tiene razón; básteme demostrar la buena aplicabilidad de su tesis.

Elijamos el problema conversadísimo de si el nombre sustantivo debe posponerse al nombre adjetivo (como en los idiomas germánicos) o el adjetivo al sustantivo, como en español. En Inglaterra dicen obligatoriamente *a brown horse*, un colorado caballo; nosotros, obligatoriamente también, posponemos el adjetivo. Herbert Spencer mantiene que la costumbre sintáctica del inglés es más servicial y la justifica así: Basta escuchar la voz *caballo* para imaginarlo y si después nos dicen que es colorado, esta añadidura no siempre se avendrá con la imagen de él que ya prefiguramos o tendimos a preformar. Es decir, deberemos corregir una imagen: tarea que la anteposición del adjetivo hace desaparecer. *Colorado* es noción abstracta y se limita a preparar la conciencia.

Los contrarios pueden argumentar que las nociones de *caballo* y de *colorado* son parejamente concretas o parejamente abstractas para el espíritu. La verdad, sin embargo, es que la controversia es absurda: los símbolos amalgamados *caballo-colorado* y *brown-horse* ya son unidades de pensamiento.

¿Cuántas unidades de pensamiento incluye el lenguaje?

Esta pregunta carece de posibilidad de contestación. Para el jugador, son unidades las locuciones ajedrecísticas *Tomar al paso, enroque largo, gambito de dama, peón cuatro rey, caballo rey tres alfil*; para el principiante, son verdaderas oraciones de intelección gradual.

El inventario de todas las unidades representativas es imposible; su ordenación o clasificación no lo es. Evidenciar esto último, será lo inmediato de mi tarea.



M. NUÑEZ REGUEIRO EN LOS DOMINIOS
DE LA ANTEROSOFIA

"No toda la razón está en la razón... La razón restaurada es la suma total, integral de todas las razones en perfecta y armoniosa conformidad con la fe; siendo para esta fe toda posibilidad una realidad que se anticipa o se espera, contenida en potencia en la realidad presente".

"*Anterosofía Racional*", por M. Núñez Regueiro.

EL principio de razón restaurada se establece diciendo: *No es posible la inteligencia del Universo sin la razón elevada integralmente a su máxima potencia, en perfecta conformidad y armonía con la fe en la realidad que es fundamento lógico de la ciencia.* Hemos explicado ampliamente este principio y hemos señalado la naturaleza de esta super-razón triunfal que no tiene antinomias, que es ley universal de armonía, que especula con el mundo de las relaciones posibles y que postula una lógica de la realidad, sin la cual no puede prevalecer el principio de inducción. Para esta razón restaurada la realidad es un dogma que afirma la interdependencia de esa realidad con el ser de las cosas. Se sigue de aquí que el problema gnoseológico no puede separarse del dogma de la realidad, y, por consiguiente, se convierte en problema ontológico. De igual modo esta razón admite que la verdadera ciencia, al

afirmarse en los axiomas de evidencia, postula la existencia de lo desconocido, a lo cual incesantemente se dirige, partiendo de lo conocido.

Pero no toda la verdad está o se mueve en el espacio de la ciencia; hay, pues, una verdad ultracientífica en cuyo campo potencial puede penetrar la *razón integral o restaurada*. Es con el criterio de esta razón que podemos hacer fecunda y elevar la propia ciencia, siendo su verdadera levadura espiritual. Con tal criterio se ha afirmado que la verdad que viene por el sendero de la Anterosofía, es una verdad tan universal como la de la ciencia; se convierte en un principio de inducción, adquiere el carácter gnoseológico de un *juicio sintético a priori*; es, es definitiva, un principio racional irrecusable, un principio directivo del conocimiento, fundado en el testimonio de la conciencia universal hecha conciencia clara y armoniosa.

Por medio de esa razón se nos da el común denominador de todas las razones, y, por lo mismo, ella nos ofrece el campo total de la experiencia del hombre al través de todos los tiempos, sin despreciar ningún elemento de juicio intelectual. Admite por propia necesidad el principio de fe en la realidad, sin la cual toda ciencia sucumbe o no tiene sentido. Esta fe racional (no la fe del carbonero) nos dice que donde hay fe hay religión; y por lo mismo, no hay criterio satisfactorio o posible de certidumbre, sin una manifestación positiva de religiosidad inmanente y natural.

De allí que nos diga: *Afirmamos que existimos; luego, somos religiosos*. Una religión sin sentido de la realidad es naturalmente ignorancia y superstición. No de otro modo se admite que el Universo es una realidad esencialmente religiosa, desde que ligamos nuestra afirmación de que existimos con el ser de las cosas. Es, en consecuencia,

la razón restaurada un principio de inteligibilidad universal que nos permite ampliar el horizonte de la verdad en el libre juego de nuestros pensamientos hacia mundos siempre más claros y mejores. Con ella explicamos cosas que hasta aquí no tenían respuesta ni por la simple razón, ni por la intuición, ni por el pensamiento inconsciente, ni por el yo subliminal, ni por las "razones del corazón", consideradas cada una de ella separadamente. En cambio la suma integral de todas esas razones, depuradas de todo vicioso contenido, o su común denominador de razón, puede darnos un nuevo criterio acerca del universo y del hombre, de nuestra realidad y de nuestros mismos ensueños.

Es por lo cual se nos da, en nombre de esa razón restaurada, una serie armónica de la verdad científica, cuya fórmula puede representarse matemáticamente. Las leyes que rigen el universo son como los términos de la serie armónica que tiende a la divergencia, es decir, a lo infinito. Por lo mismo, esa razón nos dice que sobre la ciencia se eleva la sabiduría o ciencia perfecta, que escapa a toda fórmula y cuya expresión matemática sería lo infinito dividido o contenido en lo infinito. Véase aquí claramente que la historia de nuestros valores gnoseológicos, la historia de la ciencia, nos viene demostrando *a posteriori* en su continua evolución o *devenir*, que nuestra ciencia no es total, definitiva ni absoluta, y que *no es la ciencia la que contiene a la sabiduría, pero sí es la sabiduría la que contiene la ciencia*.

La experiencia nos dice que no es la lógica la única vía de la verdad, y que hay otros caminos que, sin ser, en criterio común, específicamente racionales, son, sin embargo sendas propicias para aproximarse o llegar a esa verdad. Ello nos indica que *no toda la razón está en*

nuestra razón; y es, por consiguiente, necesario elevarla a la categoría más esplendente de una *super-razón* o *razón restaurada*. Se sabe que el trabajo de la ciencia camina progresivamente a esa restauración de la razón, en vista de que la investigación de las cosas reales y de los fenómenos del universo constituye un proceso que nunca llegará a su fin. Pero para aceptar el valor de nuestra razón *hay que tener fe en la razón*. Sin esta fe, toda armonía o conformidad con la razón desaparece, y el proceso de esta razón es entonces como los términos de una *serie convergente* que tiende a cero.

No siendo posible hallar la verdad total por el camino de la ciencia, el progreso ha iniciado el trabajo restaurador de la razón, pidiendo a ella todo su contenido y profundidad, su plenitud de las relaciones posibles, y en perfecta conformidad con la ciencia, es decir, conteniéndola como substancia misma de la realidad conocida, a fin de poder descubrir todos los días algunas tierras nuevas del infinito país de lo desconocido. Por todo ello, afirmamos como verdadero el *principio de razón restaurada*, por el cual la ley de armonía universal suprime toda antinomia existente para la razón común.

Esta *razón restaurada* es la que echa de menos el Occidente frente a las razones de Oriente, y el Oriente frente a las razones de Occidente; la que Spengler en su filosofía de la historia nos dice falta al referirse al *sino*, a la fatalidad, etc. La hemos descubierto en el fondo de la vida misma y mediante el postulado de nuestra religiosidad inmanente y natural. Con esta razón edificaron los siglos cuanto admira de maravilloso el hombre y levantó el hombre su propia gloriosa construcción científica. Inconscientemente, siguiendo los movimientos combinatorios de la sabiduría, la ha empleado, pero conscientemente la

había repudiado por no ser para la razón común o singular positivamente clara. En el momento presente ella viene armada de punta en blanco y por estar conforme armónicamente con la realidad, la ultra-realidad y la fe, es para el hombre soberana, absoluta y suficiente. Con ella se ve claramente la ley de armonía que preside las transformaciones o progresos de la vida universal, ley que ha de ser absolutamente constante, debiendo, según la misma, existir una *física absoluta*, una *moral absoluta* y una *estética absoluta*.

La razón restaurada es el fundamento serio e incontrovertible de la Anterosofía, y es mediante su contenido y extensión que se puede hablar con sentido positivo de una *metafísica de la realidad* y de un *campo potencial ultracientífico*. Por eso hemos definido la *verdad ultracientífica*, como un campo, en relación al pensamiento humano, potencial y por sí mismo variable, que no tiene límites ni dirección determinada, aunque sigue en su devenir ascensional un camino determinado por la sabiduría. Se ha establecido así la proposición siguiente: "El campo potencial de la verdad ultracientífica hace natural la afirmación de un dogma de ese campo que asciende en continuo devenir hacia la sabiduría o ciencia perfecta que no tiene devenir, y cuyas leyes son perfectamente simétricas entre sí y tienen una correspondencia unívoca infinita". De ese modo hemos podido decir que el pensamiento humano no sigue una dirección determinada, pero en cambio quien lo dirige es la misma verdad ultracientífica metalógica, que es a su vez dirigida por la sabiduría.

Consideramos, por ello, el campo de las verdades ultracientíficas como un campo variable, donde cada uno de sus puntos puede compararse a una esfera perfecta, cuyos puntos son todos simétricos entre sí, aunque son infinitas

las simetrías correspondientes a cada punto. La naturaleza de su variabilidad es semejante a un campo de fuerzas newtonianas, cuya expresión vectorial en un punto ha sido dada en nuestra fórmula. (*Anterosofía racional*, página 69).

Dijimos que los movimientos combinatorios de la sabiduría sólo son posibles y percibidos por conducto de la verdad ultracientífica, pero no mediante la ciencia, o el pensamiento humano que la contiene. Ello nos lleva a la obtención de una fórmula del *potencial de la verdad ultracientífica* que igualmente hemos expresado (obra cit., pág. 71). Dicho campo potencial de energía es la fuente de energía intelectual más fecunda, gracias a la cual pueden descubrirse nuevos senderos que es imposible encontrar mediante el círculo estrecho de la ciencia limitada.

Es por todo lo cual hemos anunciado el postrer triunfo de la razón restaurada para el hombre, restableciendo la razón en todo su esplendor, su valor axiogeno y fecundidad. Por lo mismo hemos hablado de *una razón que incesantemente crece y se perfecciona*, que sigue realizando su ley de progreso al par de la ciencia. Sabemos además que esta ciencia avanza en razón aritmética y el misterio avanza en razón geométrica; sin embargo, el peligro de que la ciencia se vea un día absorbida totalmente por el misterio, el peligro de todo caos para la razón, desaparece en el campo luminoso de la razón integral o restaurada, cuyo progreso es paralelo con el misterio. Es la razón por excelencia salvadora del hombre; es la razón que va hacia Dios y no se aparta de él; que crece en análisis, en conocimiento y en sabiduría; que cualitativamente se perfecciona; que descubre todos los días nuevas relaciones y se hace cada vez más armoniosamente inteligible.

De aquí que esta razón nos suprime la antinomia, el

conflicto de la razón con la propia razón, que es la muerte de la razón. La razón restaurada es de este modo una razón triunfante que sin ir más allá de nosotros mismos, nos permite comprender lo que por la razón común no comprendemos. Su lógica señala una metalógica que va más allá del conocimiento limitado de la realidad; y se afirma en el conocimiento del mundo, mediante un método psicológico apropiado. Une, por su misma amplitud y correspondencia armónica de todos sus factores y elementos intelectivos, a lo que está separado; colma todos los abismos; llena el vacío hasta ahora no llenado entre la metafísica, la ciencia, la axiología y la religión natural. Ella nos hace conscientemente religiosos. Se reduce a darnos en la integral limitada de la fórmula del trabajo (obra cit., pág. 19), la verdadera expresión de nuestra incógnita (la esencia de la energía).

De este modo podemos con el concurso de esa razón ofrecer en síntesis común, los prolegómenos de un sistema del mundo; señalar el sistema del universo y la admirable ley de su armonía; enunciar los principios de conservación de la energía y del trabajo derivados de dicha ley; conocer la misma ley en el mundo de la vida y de la forma, en el mundo moral y en el mundo de la felicidad. El postulado de la Anterosofía, que dice TODO ES LUZ, tiene mediante esa clara razón restaurada o integral, hondo y legítimo sentido. *La ciencia no puede, pues, desdeñar esta razón sin desdeñarse a sí misma.*

PABLO ROJAS PAZ

GÓNGORA Y
EL CLASICISMO



PARA hablar de este poeta, que muchos quisieran ver desterrado de la ceñida región de la literatura, es necesario contemplar la perspectiva que la lírica española del siglo de oro ofrece a quien estudia sin ningún afán de clasificación. Dos elementos habían intervenido, muy eficazmente en el florecimiento de esta época, que remataría en la oda esencialmente melodiosa de Fray Luis de León. Estos elementos eran la tendencia italiana y la cultura clásica. En definitiva, el italianismo era solamente un problema concomitante, siendo la única cuestión principal la influencia clásica. Los italianos luchaban por imponer sus diversos idiomas. En tal rivalidad, triunfaría el toscano, como entre los españoles el castellano. ¿Qué harían, entonces, los poetas españoles, que nunca habían sentido otra influencia que la gallega? Estaban en condiciones de aceptar cualquier renovación que condujera a la naciente lírica por caminos poco frecuentados. El lirismo italiano, digno hijo del latino, es un afán de canto que se organiza al son de la música de las palabras. La primera consecuencia que esta lírica tendría para el idioma castellano fué la de dotar de musicalidad a las palabras, suavizándolas en su áspero son. Pero esta lírica adquirirá entre los españoles todas y cada una de las calidades que

el espíritu español posee. El único poeta, el primero por decir mejor, que comprendió el italianismo como pura musicalidad verbal fué Garcilaso, para quien el idioma tuvo un acento desconocido. Por ese camino habían de seguir los demás hasta transformar el verso en una pura retórica. La imitación de los clásicos y la influencia italiana producen su fruto más alto en Fray Luis de León. Después de él fuera imposible abusar del metro itálico.

La reacción vino del lado opuesto, como es natural. Si antes el verso trataba de parecerse a una sostenida melodía, dada por la acentuación con un razonable manejo de ideas y sentimientos, ahora podía ser una inesperada disonancia, tanto lógica como eufónica. Para los que imitaban a los clásicos había algo de capital importancia que muy pocas veces se perdía de vista: era la idea central, a que la construcción de todo poema debe estar sujeta. A pesar de ser la forma poética una combinación de vocablos, nunca se convirtió en un juego puramente verbal. Tenía una importancia indiscutida la noción o concepto que el poeta había querido expresar. Las odas de esta época son así largas tiradas de reflexiones sentenciosas, que tienen tono poético por el verso y por el ritmo en que están desarrolladas. En general, para llegar a la poesía, el individuo, por más cultura que posea, quiere ideas y espera que el canto lírico nazca de la presencia de estas ideas. De esta manera se concibe, lógicamente, que el poeta necesita motivos para cantar, y más aceptable es aún que guste de una clase de motivos. Ellos dirán la calidad espiritual del cantor: sentimental, heroica, amorosa. Estamos, en este caso, frente a una poesía puramente intelectual, en que se tiene muy en cuenta las ideas que expresa el poeta, siendo todo esto la razón de ser de esta suerte de poemas.

A esta poesía, mezcla de sentimientos e ideas, le sucede una poesía puramente artística, cuyos elementos esenciales pasaremos a analizar. Consideremos, primero, la introducción de un sentido plástico en la poesía, acusado casi siempre por una profusión de metáforas que en la obra de Góngora parece ser la esencial calidad. En segundo término, se advierte en esta clase de poemas que la idea ha perdido importancia. Pero esto es solamente consecuencia de lo primero; puesto que siendo el afán del poeta puramente plástico, no le interesa a este poeta sobremanera la noción de las cosas. Estas son condiciones que sobresalen en "Soledades" y "Polifemo", y que le han dado renombre a través de los siglos, colocándolo en la situación de ser considerado como una de las personalidades más curiosas de todas las literaturas.

Cada una de las ramas del arte, mientras evoluciona en el tiempo, cambia varias veces de sentido. Y estas transformaciones están regidas, más que todo, por los progresos técnicos que, ampliando el campo de acción, permiten nuevas posibilidades. La música, en tiempos de Bach, que, después de todo es la época de su gran fuerza, en esta época, decíamos, la música era el arte de combinar silencios y sonidos. Enriquecida la técnica y ampliado el campo de expresión, se llega hasta Beethoven, para quien la música es el arte de pensar con sonidos, hasta que en nuestros días pierde este nuevo sentido, para transformarse en una especie de exaltación plástica del ritmo sonoro. Porque este es el afán del arte: volverse plástica. Y un período de gran actividad está acusado por varios síntomas. A Góngora no le interesa el paisaje artificioso de un Garcilaso, ni el dulce razonar de Fray Luis, ni el tono heroico a lo Herrera; todo esto parece trivial a su lado.

Cada artista original nace con su estética, y Góngora la tuvo. Ya hemos dividido antes de ahora a la gente de arte en imitadores y originales. El siglo de oro, a pesar de la fuerte personalidad de quienes le dieron brillo, fué, en lo que a lírica se refiere, una imitación feliz de los italianos. Era necesaria, entonces, la llegada de un espíritu sediento de originalidad, que anarquizara toda la lógica preceptista en formación; madre prolífica esta preceptiva de poetas carentes de personalidad y que insistían en el endecasílabo amoroso. Aun Góngora mismo, con toda su originalidad, era resultado de un movimiento general en Europa: marinismo en Italia, eufuismo en Inglaterra. Las literaturas del centro de Europa están sujetas a una escala de influencias recíprocas. En Francia, en el siglo de Luis XVI, eran numerosos los motivos y temas españoles que los poetas franceses utilizaban para sus obras. Y casualmente, si hubo una época en que todas estas literaturas mantenían estrechas relaciones, fué durante el siglo XVII. Góngora se convierte en una personalidad universal; pues ninguna literatura tiene algo que se le asemeje; y, si lo hay, no reviste los caracteres tan particulares de éste.

El arte vive de revoluciones. El original comienza efectuando un movimiento anárquico, que origina protestas de quienes creen que el arte se aprende en los museos, bibliotecas y conservatorios, y que más allá de ellos nada puede hacerse que valga la pena. La doble actitud de revolucionario y creador que asume todo verdadero artista hace gravitar la actividad de toda su época alrededor de su obra. Es así que llegará la turba de imitadores afanosos de transformar lo que fué revolución en tradición artística. Pero hay espíritus que no soportan este proceso, pues no se prestan a la imitación. En arte no puede haber

tradición, puesto que ello está en pugna con los principios fundamentales de la originalidad. Puede hablarse de una tradición moral, científica o religiosa, porque la ciencia, por ejemplo, va enriqueciéndose por el trabajo paciente y continuado de varias generaciones. Una generación rectifica a la anterior, pero la respeta. Es como si se hubieran puesto en un trabajo de siglos con un piadoso amor a los ya idos. Pero, en arte existe una cruel rivalidad de generación a generación. No hay tradición que resista a la actividad sin tregua de todo lo artístico. Los artistas pueden clasificarse en precursores, creadores e imitadores. Al decir precursores, parece que aceptaríamos una tradición; pero no es así. Los precursores, sin llegar a la creación artística, frecuentan la originalidad de ciertos temas y la manera de tratarlos. Hasta que se destaca el hombre que hace la obra de arte definitiva. A éste le seguirá la época de imitación y comentario. Mas el arte vive a fuerza de los talentos creadores; lo demás es faramalla. Góngora es original en la doble actitud que esto significa: en la de revolucionario y creador.



XAVIER BÓVEDA

ACOTACIONES PARA
UNA VALORACION
SUBJETIVA DE LA
VIDA :: :: :: ::



QUIERA esto fuese para fundamentar nuestras opiniones, o bien para rectificarlas, llega un momento en la vida en que sería preciso que hiciésemos tabla rasa de nuestras referencias y diésemos comienzo a una revaloración.

“El que emplea demasiado tiempo en viajar, acaba por tornarse extranjero en el propio país”, escribe metafóricamente Descartes.

Aceptemos y dediquémonos a nosotros mismos su conclusión didascálica. Tanto y tanto viaje “objetivo” (viajes intelectuales a través de libros estrictamente científicos, reiterados viajes filosóficos, etc., etc.), ¿no habrán acabado por tornarnos extranjeros en el propio “yo”?

Y en verdad que pocas épocas tan necesitadas como esta, nuestra, de una revaloración “subjetiva”. Cualquiera que sea el punto de mira que ante nuestro tiempo adoptemos (espiritual o materialista), ofréncenos rutas bien semejantes. Espiritualismo y materialismo son a modo de

dos contendientes (permítasenos esta expresión metafórica), hartos malheridos ambos, pero invencibles los dos.

La trágica incertidumbre de esa eterna lucha fluctúa sobre nuestro espíritu. Espiritualistas ayer, materialistas hoy, avanzamos en medio de la "obscuridad sublime" del Universo, sin meta donde referirnos.

Creyóse que la raíz metafísica de la religión asentaba en el subjetivismo, y la ciencia hubo de gritarle al hombre: "¡Sal de ti mismo! ¡Objetívate!"

Si el puro objetivismo nos lleva a considerarnos, lejos de toda proyección metafísica y sentimental, como solos pretextos de la naturaleza, el puro subjetivismo (recordemos la ascética, en la cual el "yo" se cierra con el individuo) nos arrastra a conclusiones trágicas.

Ceñido biológica y "deterministamente" a la Naturaleza, o bien pecaminoso habitante, tal que un triste réprobo, del "gran presidio del mundo", el hombre no es, con mucho, "hombre". Tenemos, de un lado, un mero organismo físico. Del otro, un fantasma abstracto.

Pero no es sólo un organismo, ni es sólo un fantasma el hombre.

Quizá podríamos definir al hombre, en aquel momento de transición en que abandona el estado de naturaleza para constituir el estado—por decirlo así—social, (el clan), no como un puro sujeto, ya que a todo sujeto va inherente un "yo", sino como un ser empírico.

Si bien practica cuanto le rodea, no por eso establece relaciones lógicas de las unas cosas con las otras (genésica relación—pongamos por ejemplo—de la mujer y el hombre con el hijo) sino que, hasta donde ello pueda ser,

y siempre por aprehensión empírica, las supone y fija aisladamente. Si de éstas algunas llegan a reunirse causalmente en su memoria, es porque en un momento dado, o bien cotidianamente, se aparecen juntas a su percepción. Así la noche traerá la idea (imagen en este caso), de la luna, y la luna, la de las sombras. Y, por reacción empírico-sentimental, el sol la idea del bien y la luna la idea del mal.

Pero dondequiera que hallemos esos dos poderes, sea como sensaciones en el primitivo, o como conceptos en el hombre de una cultura superior, tenemos escindido el mundo.

Luminoso y blanco cual la misma luna, ved ahora emerger en el espacio astral el tema de una metafísica.

Aparécesenos así la raíz del conocimiento cósmico "subjetivada" en terror. Es un terror (el miedo a la luna, deidad maléfica) quien nos pone en contacto "personal" con la Naturaleza; el que hace ascender de nuestro fondo el "yo". Hasta ahora es ese "yo" uno (por decirlo así) irracional. Consiste éste en un estado de pavor psíquica ante determinadas cosas y sucesos de la Naturaleza. Pero con este obscuro sentimiento despiértase en el hombre un trágico deseo de restricción. Pugna entonces por ganar (sistema totémico, animista o mágico) la "voluntad" de ese poder temible. ¿Cómo? Bien por la mera imitación activa (imitación de la forma o actitudes peculiares a la cosa o animal que motivó el terror) o bien por medio de ofrendas y de sacrificios.

Pero con el pavoroso reconocimiento de un bien y un mal hemos animado la naturaleza. Un paso más, resultado, en el tiempo, de una valoración místico-práctica de las cosas, y entramos en el politeísmo.

De la primaria dualidad cósmica (mal y bien) disgréganse una serie de pluralidades naturales, de "personalidades" divinas. "Pero los dioses (el pensamiento es de un trágico griego) traman la perdición de los mortales."

La Naturaleza aparécese entonces al hombre como un poder insurgente. Por un mínimo de beneficios que ésta le otorga, conserva, avaramente, para sí propia, el máximo de poder. Esto aparte, a la Naturaleza parece no importarle el hombre. Desconócelo rotundamente. Es así que la salvación sólo puede hallarse (y el procedimiento es de índole filosófica) en "unificar" a la Naturaleza.

¿Qué poder rige en la Naturaleza y qué supongo ante ella? He ahí una de las primeras preguntas que algún día, ya en el estadio de una cultura superior, habrá de formularse el hombre.

Por vez primera el pensamiento del hombre va a eliminar de su contenido el "pathos" de su dualismo, y trata de aprehender el Todo. ¡Nada que esté fuera de la Naturaleza, existe!, será su postulado único. Árboles, hombres, montañas, no son sino sucesivas transformaciones del Ser inefable y puro.

Estamos, pues, en presencia de un movimiento científico-religioso.

El Ser no ha tenido comienzo ni tampoco tendrá nunca fin. El punto primordial del Todo, es lo uno, lo eterno, lo indestructible. Las diversas manifestaciones de la Naturaleza son expresiones distintas de una causa única. Lo Uno es el Ser eterno.

Anima esencialmente a esta actitud religioso-naturalista, un anhelo de "conocimiento". Se trata de retener, de aprehender aquel primer principio de las cosas y constreñirlas a un valor científico. Con esto evitaráse toda plura-

lidad (las imágenes son fantasmas o expresiones de una causa única) y el Todo cerraráse en leyes.

Posteriormente a este movimiento, un filósofo griego expresa así lo inefable: "Lo uno quiere, y sin embargo no quiere, ser llamado Zeus". Quiere ser llamado Zeus, por cuando lo Uno es divino. No quiere ser llamado Zeus, por cuanto Zeus es antropomórfico.

Así como en el mundo griego la Naturaleza ignoraba al hombre, en el mundo cristiano de la Edad Media el hombre es, por su esencia, extraño en la Naturaleza.

En aquél la muerte es considerada como una incoercible fatalidad. En éste, como el único camino de salvación. ¡Una vida heroica!, dice el alma griega. ¡Una muerte santa!, clama el cristianismo. En el uno, el hombre sólo puede salvarse por medio de una esforzada superación: llegar a ser un semidiós. En el otro, por una trágica y pavorosa negación del mundo: llegar a ser un asceta.

Para el rígido racionalismo escolástico, el "yo" también es pecado. En la sensual aferración al "yo" estriba la causa de nuestro orgullo. (El "yo"—diría Schopenhauer más tarde—es el ansia demoníaca de la voluntad esforzándose por lograr sus fines. Si bien metafísicamente distanciados por un abismo insalvable, Schopenhauer concuerda con el espíritu del cristianismo en la total anulación del "yo". Pero en tanto que para Schopenhauer la redención del individuo estriba en aniquilar, en su espíritu, toda voluntad de ser, en sumirse en el "nirvana", en la Nada, para el espíritu cristianamente ascético ésta radica, por el contrario, en elevarse a la mansión de Dios). Las cosas son miradas siempre como frutos del pecado adánico. Consi-

derado éste en sí, el mundo no tiene ningún valor. Se halla emponzoñado por el pecado.

Pero he aquí que dentro del espíritu colectivo y abstracto de la Edad Media, prodúcese un tipo extraño: el asceta.

Si el racionalismo escolástico conducía a la concepción abstracta de la Divinidad, el asceta habrá de actuar, psicológicamente considerado, a modo de un elemento disolvente en el espíritu homogéneo de la colectividad. Al encerrarse a solas con su solo Dios, al atreverse a enfrentar (por decirlo así) la hondura temerosa del "ens sapientísimo" de la escolástica, el asceta habrá de reconocerse a sí mismo, si bien que mortificando su cuerpo, afirmando su individualidad, como digno amante de su propio Dios. Sentimentalmente el hombre se ha reconocido, más que como pecador, como criatura, y busca, en el "ens", al Padre.

Esta actitud de hijo es francamente conmovedora y gana por su humanidad.

La abstracción escolástica no sólo no conmovía nuestros sentimientos, sino que pavorecía nuestro corazón. Mediaba entre Dios y el hombre, no ya la distancia verdaderamente insalvable de lo que es finito por naturaleza a lo que es infinito en sí, sino aquel abismo intelectual—más desolador aún—que cerca lo desconocido.

Cierto que al proyectarse el hombre, como individuo, hacia el Padre, al reconocer en el Padre a Dios, el hombre tiene que anularse en Él. Con esto el concepto, ya negativo, de la Naturaleza, toma un sentido peyorativo.

Hemos salvado la individualidad, pero a costa de una negación.

En el esfuerzo verdaderamente formidable de la tomis-

tica, habíase llegado a racionalizar el mundo. Al dotarlo de una finalidad, el mundo quedaba referido a Dios. La orden de Dios prestaba valor a los quehaceres terrestres y en estos quehaceres se asentaba la ética.

En la ascética se exagera todo. El mundo es causa del mal, y la naturaleza es pecado. Esto es tan así que, en la imposibilidad de vivir fuera de la naturaleza, el asceta habrá de manifestar su desconformidad con ésta aislándose de su fecundidad. No ya una choza, sino una gruta; no ya el valle verdequeante, sino la montaña hosca, o bien—y ello tanto mejor—el desierto.

Salimos así de la abstracción tomista y ganamos la individualidad. Mas, cerrado a solas consigo mismo, ¿qué ha de hacer el sujeto sino destruirse y temer?

Vistas todas estas cosas un poco al modo spengleriano, no queda sino reconocer el ciclo cerrado de la cultura.

Racionalizar lo inaprehensible, es matar el sentimiento cósmico. La intuición científico-religiosa, en Grecia, culmina en el escepticismo (o bien en la subjetiva exaltación de lo irracional, como en Sócrates). La sistematización racionalista de la escolástica, conduce, en el asceta, a la negación del mundo. A la anulación de toda finalidad.

Pero las culturas no se extinguen nunca totalmente. En parte emigran, o se fosilizan. El hecho de que doquiera veamos repetido, con la persistencia de un símbolo, parejo ciclo cultural, prueba, en el tiempo, este aserto. Así el espíritu heleno aportado, esta vez y en forma museológica, por los bizantinos (en parte, y anteriormente a ésto, por medio de la filosofía arábigo-española), torna a esplender en Italia.

Pero si bien no niega todo trascendentalismo, al hombre del Renacimiento no le atañe lo trascendental. No sólo no creó una filosofía, sino que ni aun creó una ética. Tampoco se encuentra ante una pluralidad de dioses que conduzcan al hombre a su solo capricho y gracia. La idea cristiana ha esplendido ya sobre el mundo y el hondo Dios uno y trino culmina sobre cuanto existe.

Quizá podríamos definir el espíritu del hombre del Renacimiento como un momento alborozado de la humanidad. El mundo da entonces la juvenil sensación de un bello juego de fuerzas. Si la ascética descubre al individuo, el Renacimiento consagra la personalidad.

Tampoco es el puro espíritu heleno, animado siempre por ideas trascendentales, quien torna a parecer aquí. Si bien entroncado con el helenismo, el movimiento humanista del Renacimiento persigue y busca otras metas. El movimiento es ahora de índole eminentemente naturalista. No se trata, pues, de inquirir, en la Naturaleza, el Ser. Se trata de escrutar, valiéndose de la experiencia, las leyes de lo natural.

Entusiasmado con las conquistas de su intelecto y promotor de las más altas miras, el espíritu científico grita, finalmente, al hombre: "¡Sal de tí mismo! ¡Objetívate!"

Entendida esta objetivación en el sentido que hubieron de proclamarla los hombres del Renacimiento, el postulado—ello es cierto—no era excesivo ni grave. Consagrábalo un empeño noble.

Pero, ¿la hemos entendido así? O, dicho de otra manera, ¿ha sido benéfica esta objetivación?

En parte, sí. En parte, no.

Si el hecho se mira ahora detenidamente, observaremos que entre el subjetivismo y el objetivismo, no ha mediado transición alguna. De la noche a la mañana, pasamos de un extremo a otro. Salimos de un subjetivismo cerrado, para entrar en un objetivismo hermético. Salimos de la sola individualidad, para entrar en la sola Ciencia.

Fué así que la imaginación (raíz nutricia del hombre y de la humanidad) reprobóse como cosa mala. La mecánica fué nuestra superchería y el átomo nuestro gran fetiche.

¿Pero podría objetivarse totalmente el hombre?

Sin duda alguna que no. De ningún hombre puede decirse (ni aun del científico experimental "en cuanto" científico experimental) que su sola esencia sea el pensamiento. También la imaginación ha de contarse, como elemento positivo, en él.

Pensamiento e imaginación se enlazan y se complementan. Si el pensamiento es esencialmente regulador, la imaginación es de índole constructiva. Si el pensamiento ilumina un dato, la imaginación reconstruye un todo.

Ahora bien: si el "pathos" imaginativo en el poeta y en el científico es, en cierto modo, análogo (ya que ambos parten de un mismo punto dado en la experiencia), en cambio en la dirección (por decirlo así) "finalista", discurren por distintas rutas.

Señorador de todas las cosas, dueño de mirarlas del modo que mejor le plazca, el poeta está en plena libertad de interpretarlas cual mejor las sienta, ya que su esencia única es un sentimiento y su finalidad próxima la belleza.

¡He ahí precisamente una libertad de la que en modo alguno dispondrá el científico! Si en el poeta la imaginación es esencialmente creadora (creadora en doble sentido), en aquél habrá de ser circunstanciadamente metódica.

Por lo que a la ciencia experimental importa, el más

atrevido postulado científico del siglo XIX, el darwinismo, ¿no ha sido en gran parte, cuando menos en sus derivaciones filosófico-haeckelianas, ampliamente imaginativo?

¡Y qué abismática diferencia entre la concepción evolucionista de un Haeckel y la prodigiosa elevación de un Nietzsche! ¡Entre el científico y el poeta!

En Haeckel, su estilo, como su monismo, es árido. Falta en todo él un sentido trascendental, siquiera éste sea dinámico, que fuerce a superarse al hombre.

Cierto que, afortunadamente para Nietzsche—a quien, digámoslo de pasada, lo científico no le conmovía—, no es lo científico lo que le sostiene. No es su postulado sino la fuerza de su exposición, su genial arrebató épico, la que colma de valor su obra.

Nietzsche sabía lo que “debía” evitar, y cómo podía formular su anhelo. Sabía que no es rodando por la sola tierra cómo puede levantarse el hombre. Cómo puede redimirse a éste.

Conocedor del espíritu del hombre, sabía, quizá por auto-observación, que el hombre pide siempre una finalidad. Que el hombre clama un destino. Que frente a todo evolucionismo abstracto, el hombre afirma siempre un “yo”. Que el hombre clama una meta.

Y de ahí su extraordinario alarde metafórico. (La metáfora es su super-razonamiento.) Y de ahí su formidable grito. Acoge, sí, la teoría evolucionista (porque el hombre “es algo que debe ser superado”), pero huye de todo científico razonamiento.

Nietzsche, quiéranlo o no los científicos, supone ser la altura más superna y la nota más trascendental de todo el movimiento evolucionista. Su desesperado esfuerzo por dotar a la vida de una finalidad que nunca extravasase y, como tal, no agotase, las posibilidades de la sola vida, es

la nota más trágica y conmovedora (trágica y conmovedora, sí) de todo el evolucionismo.

Pero diríase que la esencia de la humanidad se orienta siempre hacia una metafísica. Diríase más. Diríase que el hombre no puede deslizar su vida sin el hálito de una religión.

Cuando por obra y gracia de la ciencia las religiones reveladas se tambalean, el hombre diviniza esa misma ciencia y exige de ella una finalidad abstracta.

“¡Trasmundos!”, llamaba despectivamente Nietzsche a toda proyección metafísica.

Pero pese a aquel su optimismo desesperado (sí, desesperado optimismo) el hombre (Nietzsche lo sabía bien) anhela y busca un “trasmundo”.

Todo sistema religioso-cósmico, presupone una verdad de fe. Entraña un credo intangible.

Si no puede darse una religión de índole intelectualista (los valores religiosos son irracionales, y de ahí el fracaso de Comte), tampoco puede existir una religión que tenga validez científica.

Toda religión ha menester de un raptó. Ha menester de ese momento, inmensurable y único, que entraña el arrebató místico. Ha menester del milagro.

El milagro no es esa patraña burda que imaginan los científicistas. El milagro es esencial al hombre. (Nos referimos siempre al hombre religioso.) La realidad más subterránea de éste.

Por eso toda religión que no extravase la lógica, que no destruya, si se quiere, a ésta, está llamada a morir. Los meros predicados conceptuales Humanidad, Fraternidad,

Universalidad; o bien: Verdad, Bondad y Belleza, como auspicia Haeckel, son yermos cual matriz estéril. Exhaustos como campo enteco.

Si la esencia de la religión es de índole inaprehensible, ¿cómo, pues, hemos de aceptar, para consuelo de nuestro espíritu, una religión "positiva"? Si el hombre es un ser que sufre (¡y el hombre sufre siempre, siempre! . . .), ¿cómo consolarle con la sola lógica? ¿Cómo consolarle con lo natural?

Esto aparte, ni el átomo de Demócrito, ni el electrón o la energética de Oswaldt, ni la mónera de Haeckel son, en modo alguno, un elemento simple, aquel primer principio que precisaríamos, sino hipótesis científicas más que complejísticas.

Más que justificar todo un primer principio (corrige acertadamente Boutroux) precisan éstas de una justificación.

Además, y esto es lo absolutamente decisivo para el hombre, el hombre inquiere una finalidad, ya que es, por su esencia, finalista el hombre.

¡Finalidad! He ahí un concepto que al mero científico determinista se le antoja parvamente hueco. ¿Qué otra finalidad que la Vida?

¡La vida! ¡La sola vida! He ahí una finalidad que en modo alguno nos satisface.

¡La vida! . . . Y bien, ¿qué es la vida?

Para Heráclito, la vida es lo que "deviene". Vale decir: lo que fluye. (Lo absolutamente inaprehensible, como tal.)

Para Anacreonte, "beber el amable licor de Baco y loquear con la resplandeciente Venus". "Los muertos—añade el poeta—no tienen deseos."

Observemos detenidamente esto. ¿Acaso la vida es un gran deseo?

Todo deseo es una voluntad larvada. Para Schopenhauer la esencia de la vida es la voluntad.

Y bien: ¿deseo o voluntad de qué?

¿"Voluntad de dominio", como quiere Nietzsche?

¡Mas ved que el superhombre ha menester de "una atmósfera de siete soledades"!

¿Mero deseo de placer, como Anacreonte quiere?

¡Mas ved que nuestra capacidad adquisitiva de placer está limitada por la misma vida! Esto aparte, a todo placer va inherente una melancolía, la melancolía de lo ya logrado, y a lo ya logrado un infinito hastío. ¿La vida, pues, limitaría a la vida? ¿La vida, pues, hastiaría a la vida? Mas si la vida es "voluntad de dominio", "voluntad de poder" (y toda voluntad vital es insaciable), ¿cómo se puede autolimitar la vida?

Pero ya que en modo alguno podemos aprehender objetivamente la esencia misteriosa de la vida, o, más bien, ya que su científico razonamiento no conmueve ni conduce al hombre, exploremosla en lo subjetivo.

He aquí, ahora, una realidad: el hombre.

Anatómicamente considerado, el hombre podrá ser el complejo resultado de una remotísima evolución de formas; pero, esto no obstante, hay algo que distingue y ennoblece al hombre. Ese algo es el pensamiento.

El hombre, pues, es un ser que piensa (*cogito, ergo sum*). O, dicho de otra manera, que construye discursivamente.

Objetivamente considerada, la vida no tiene una valoración. (¿Qué es la vida en sí?) Es siempre el hombre, cada hombre, quien da valor a la vida. He aquí, pues, a

la vida, circunscripta al marco de lo subjetivo. Restringida al marco de lo personal.

“¡Hazte quien eres!”, gritaba Nietzsche.

El camino del “llegar a ser” circuye la personalidad. Somos “nosotros mismos” en cuanto nos sentimos capaces de acuñar en las cosas el perfil de nuestro propio espíritu; en cuanto, por decirlo así, trasmutamos la maleable arcilla (al modo de un escultor que modela en el barro una obra) en motivo permanente y bello.

Infundir espíritu en la Naturaleza, supone valorar la vida. (Entendemos por espíritu un pensamiento creador y estético.)

Cierto que todo esto cae dentro del campo de lo virtual y en modo alguno corresponde a un hecho. Pero lo virtual es lo que nos enriquece y es por lo virtual, que no por lo sólo real, aquello porque suspiramos.

Y de ahí que sea este querer virtual el querer prácticamente ético.

Diráenos a esto que el querer verdaderamente ético es una categoría de lo universal. Cierto. Pero todo querer es en grado sumo subjetivo y si bien propende hacia lo universal, constriñe de inmediato al hombre.

Tu querer ético (pongamos por ejemplo) actúa, en primera instancia, en ti. Después avanza hacia el mundo.

Todo hombre es una finalidad “en sí”. La más moderna biología experimental (Uexküll) ha obtenido conclusión análoga. En realidad no hay una vida: hay vidas. En verdad no hay sólo un mundo: hay mundos. (Mundos, se entiende, dentro de “este” mundo.)

El mundo del hombre no es el mundo del animal, ni el mundo del perro es el mundo de la mansa vaca. Un “mundo circundante” (distinto para cada especie) nos especializa y diversifica a todos. Con esto la nueva bio-

logía postula otra dirección. Se sale del mero evolucionismo y propende hacia lo subjetivo.

¿Existe una ética objetiva?

Fué un genio casi milagroso, Kant, quien pugnó por obtener sus leyes. Kant, que consideraba al hombre natural como perteneciente al mundo de lo fenoménico, postuló por un “imperativo”. Pero el “categórico” kantiano asienta en última instancia en Dios. Es súbdito del mundo de la metafísica.

Entendía Kant que, para fundamentar sólidamente la moral, precisábase del albedrío. ¿Pero era libre “verdaderamente” el hombre?

Cierto: el mundo de lo natural es meramente causal y estrictamente determinista. Para salvar y redimir al hombre, habría que extraerlo, primero, del mundo de lo fenoménico.

¿Pero es sólo fenómeno el hombre?

Según Hegel, “todo es de tal manera, que la substancia puede estar concebida como sujeto y como espíritu”.

Cierto que este idealismo especulativo no habría convencido a Kant. Pero esencialmente considerado éste, tampoco el hombre queda agotado en el mundo de lo fenoménico.

Le distancia del mero fenómeno, no ya su inteligente “voluntad de ser”, sino su entusiasmo por lo virtual. Su intelectual capacidad para el amor (“amor intelectual”, que decía Spinoza) y su entusiasmo por el sacrificio.

En su esfuerzo por fundamentar objetivamente la ética, Kant llega a anular en el hombre toda vida sentimental y, como tal, todo subjetivismo. Su radical diferenciación

entre lo que él llama "imperativos hipotéticos" (deber de hijo a padre, de hermano a hermano, etc.), e "imperativos categóricos" (universal deber) reduce al hombre a una nada. Por eso, y paradójicamente hablando, Kant es un sol que nos hiela.

"Nuestra alma, en tanto que conoce, es un modo eterno del pensar", escribía Spinoza. Trátase aquí de un conocimiento eminentemente intelectual y, como tal, profundamente ético.

Para Sócrates, el mal es la ignorancia, y el conocimiento es el bien. De ahí que definiese a la virtud como exactamente análoga a la ciencia.

Con esto otra vez vuelve a planteárenos aquí (y otra vez en forma afirmativa) la esencia finalista de la inteligencia y del hombre en cuanto ser pensante, ya que toda intelección va dirigida a un fin.

Lo ético, en el hombre, es el intelecto. Pero todo intelecto puro se alonga a perspectivas lueñas. Spinoza ve en el conocimiento la plena y absoluta categoría de Dios. Dios es esencialmente conocimiento puro. (En Spinoza el conocimiento puro, es pura actividad también.) Sócrates ve en el conocimiento (en la ciencia) la proyección de la Divinidad. Pero el conocimiento es, en él, camino; no, como en Spinoza, fin.

Ahora bien: fuera del mundo de lo natural (árboles, ríos, montañas), lo objetivamente universal no existe. El deber objetivo es un postulado universal, obtenido por abstracción, del intelecto subjetivo y puro.

No postulamos aquí por el egolátrico "yo soy quien soy", pues que todo "yo" cerrado supone ser una inmoralidad, sino por el cartesiano "pienso, luego existo".

Con esto hemos obtenido lo que ahora llamaríamos la "categoría de lo subjetivo".

El yo subjetivo adquiere, pues, una existencia con-substancial en cuanto se resuelve en pensamiento ético. En cuanto se eleva a "estado de conciencia pura".

Es así como el hombre se redime de su mera espacialidad (o causalidad biológica) y realiza una "finalidad" moral.

Por eso, y cuando la ética científica nos diga que la evolución biológica se halla detenida en la raza de Cro-Magnón, digamos al sólo científico que la finalidad del hombre no es el superhombre, sino una finalidad estrictamente ética.

Queda así perfectamente cerrado lo que ahora llamaríamos el "anillo subjetivo del hombre", el cual, partiendo de nosotros mismos, encierra el mundo en nosotros y cerca, intelectivamente, el mundo.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

PARA EL CENTENARIO DE GÓNGORA

Acordarse cada cien años de un hombre, de un libro, de una hazaña, fué acertada invención que sabe conceder largos plazos a la tarea de recordar y que repartiéndola bien, la hace descansada y logra maridar la comodidad personal con la cortesía. El veintitrés de mayo, la muerte del famoso poeta D. Luis de Góngora cumplirá tres veces cien años y es de uso que pensemos en él. Su obra—tan apadrinada por el escándalo y el misterio—no es para sentenciada en esta nota breve y efímera. Su vida fué una dedicación a las letras, no coronada por la obtención indiscutible de una hermosura, pero sí por admiraciones fervientes y odios fervientes. Castigos de Jáuregui, vaivén de plácemes y de censuras de Lope, risa de Quevedo, elogios razonadísimos de Gracián, idolatrías de Pellicer y de D. Francisco de Córdoba, fueron su audiencia. Su nombre, ahora, es símbolo. Hemos vinculado en él toda poesía laberíntica y pudorosa, toda poesía que *yace obscura en el demasiado brillo e intensa irradiación de una mente a la que ciegan sus interiores relámpagos*, según los versos de Shelley acerca de Coleridge.

Disputemos de Góngora; nuestra polémica es su inmortalidad. Ayúdenos a pensar en el general misterio de la poesía su consideración; séanos belicosa su fama.

R. CANSINOS ASSENS

Dulce y decorosa aventura la de visitar los libros de Rafael Cansinos Assens, la de hacerse merecedor de su intimidad. Su obra es ignorada con injusticia: comprobación en que miramos, no tanto a la adversidad de su autor, cuanto a lo maravilloso y absurdo de que a nosotros—ciudadanos de Buenos Aires, ciudadanos de la mayor ciudad de lengua española y cabeza espiritual de este continente—nos sea desconocida la más apasionada y férvida prosa de que hoy sabe nuestra habla. Que la de Cansinos lo es con integridad, ningún lector de *El divino fracaso* lo pondrá en duda.

Cansinos es judeo-español. Ese su conocerse judío lo universaliza, lo extraña de lo provinciano europeo, lo suelta como un viaje—ese viaje que no hizo nunca—, lo hace generoso en metáforas. Hombre efusivo con los libros, con los hombres, con las estrellas, su obra, riquísima, siempre es elogiadora del mundo: salmos, novela, doctrina estética, investigaciones sobre el amor, autobiografía, cuentos y traducciones—otra manera de elogiar—del hebreo, del griego, del italiano, del alemán, del francés...

La página suya que publicamos en este número es la primera inédita que en tierras de América se publica.

ALFONSO REYES.—*Reloj de Sol*. Madrid, 1926.

Gratisimo libro conversado es éste de Reyes, sin una palabra más alta que otra y cuyo beneficio más claro es el espectáculo de bien repartida amistad que hay en su cuarentena de apuntes. Reyes es practicante venturoso de esa virtud de virtudes: la cortesía, y su libro está gobernado por ese mérito. Reyes es fino catador de almas, es observador benévolo de las distinciones insustituibles de cada yo. De tan bien conversarnos de sus amigos, nos amiga con ellos. Desde luego, más prudente es frecuentar las noticias que Reyes nos transmite sobre Valle Inclán, que los orondos y pendulares párrafos de éste.

Reloj de Sol empieza por una apología de las anécdotas: página emocionada y precisa, que transcribo para que el lector se enamore

de ella; y también ¡oh, menesteres dialogísticos del oficio! para comentarla. Aquí está:

Hay que interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar, por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta: la combinación cálida, visible, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro molino. (*Reloj de Sol*, página once).

Hay un semblante falso de contradicción en ese encarecimiento de los recuerdos y del olvido: falso, puesto que recordar una sola cosa cualquiera, es olvidarse de lo demás del mundo. No insistiré sobre esa angostura lineal de nuestra conciencia, ya denunciada por Arturo Schopenhauer; quiero pasar derecho a la anécdota y a su tasación.

En estos días se finge menospreciarla. Sin embargo, la anécdota—no en su primordial acepción de historia secreta, sino en la usual de incidente escrito o narrado, de sección breve operada sobre el destino de un hombre—es la realidad de cualquier poesía y lo que nos gusta. Lo abstraído, lo general, es cosa im-poética. El ser, el incondicionado ser (esto Schopenhauer también lo premeditó) no es sino la cópula que une el sujeto con el predicado. Es decir, el ser no es categoría poética ni metafísica, es gramatical. Dicho sea con palabras de la lingüística: el depuradísimo verbo *ser*, tan servicial que lo mismo sirve para ser hombre que para ser perro, es un morfema, signo conjuntivo de relación; no un semantema, signo de representación. Pensar *Alguien hizo algo*, no es poético; pensar *En uno de los días del tiempo y en uno de los sitios del espacio, un hombre escribió*, ya casi lo es; pensar *En una casa de la calle del Parque (esquina Suipacha) un señor alsinista se puso a escribir con letra perfilada estas cosas: En un overo rosao, flete nuevo y parejito...* lo es con intensidad. Y es que lo último es anecdótico.

A las anécdotas es costumbre contraponer las imágenes y metáforas; enemistad fabulosa, pues éstas no son más que anécdotas

chicas. En ensayo anterior sobre la metáfora, he procurado razonar este parecer.

Reyes ha reformado la anécdota. Su prudente revolución corresponde a la solicitada por Ben Jonson para el epigrama. En vez de sujetar la entera composición a la última línea, al desenlace armado, al rasgo (de antemano) asombroso, Reyes quiere que el agrado de sus anécdotas sea perpetuo. Nunca procedieron así los anecdotistas. Siempre nos propusieron su página, no de gustativa lectura, sino de desconfianza o de impaciencia o de suspensión, para recién justificarse en la última línea y callar. Leerlos tenía más de tarea que de placer. Uno se fatigaba, esperándolos. Reyes, no; Reyes nos presenta un mundito y hace como si lo dejara vivir. El riesgo de esta suerte de anécdotas desmochadas, de anécdotas sin asombro pero con encanto, sería la insipidez; Reyes ni siquiera ha tenido que precaverse de tal peligro. Alguna—*El Gimnasio*, de la REVISTA NUEVA—es incomparable.

Un recuerdo de Año Nuevo—página de una tan discreta efusión—es otra de las bondades del libro. Su eficacia novelística es mucha. Cinco, seis renglones y la definición de los personajes está lograda. A don Ramón Menéndez Pidal nos lo persuade así, como quien no quiere la cosa: A sus estancias en la sierra, que alterna con el sol de la marítima Zumaya, debe D. Ramón, seguramente, ese salutífero color de barro cocido que ha heredado de él su hija Jimena. D. Ramón es hombre que escribe con las ventanas abiertas, en pleno invierno, envueltas las piernas en la manta española. (*Reloj de Sol*, página sesenta y siete).

La consideración *De microbiología literaria* también me está llamando a la crítica. En ella, el escritor se conduce de las palabras venidas a menos o aplebeyadas; de la palabra gracia que ahora significa chiste o chocarrería, de la palabra habilidad que hoy es equivalente de astucia. Esa denigración la operan las malas artes de la plebeyez, que todo lo acomoda a su imagen. Otra, no registrada allí, es la motivada por el abaratamiento de los elogios. Hablo de los elogios gruesos, atropellados, sin valoración, de los que pueden ser tan incómodos y tan zafios como una injuria. ¿Qué decir de la intemporalidad terrible de Dios, si la piedra que perdura

muchos años ya es cosa eterna? ¿Qué adjetivación será propia de la divinidad, si un jarrón de barro es divino? Para el gacetillero español, no hay sacerdote sin su virtuoso, no hay comerciante sin su probo, no hay señorita sin su bellísima, no hay auditorio sin su numeroso y selecto. Esa constancia casi homérica de los epítetos no es tampoco una seña de exaltación; es alargamiento inútil de las palabras. No es ni conceptual ni emotiva: escribir *la bellísima señorita de Tal* no es emocionarse con ella ni formular un juicio estético o pseudo estético; es—únicamente—nombrarla. En tales casos, la ya inseparable adjetivación hace de prefijo, pero de prefijo haragán. El vocablo *señorita* se pierde y es desbancado por un neologismo cargoso: *bellísima-señorita*. (A la simulación de las alabanzas corresponde—signo también de mezquindad—la de las injurias. Hay fórmulas, universalmente aplicable, de injuria y tan bochornosa perfección hemos alcanzado que todo marinero borracho, con sólo chapurrear una de esas fórmulas, puede manosear nuestra paz y obligarnos a la pelea, al bastonazo o a la cobardía. ¡Tan convencional es la cosa! Hay literato en Groenlandia que cuando dice *Fulano de Tal es un degenerado y plagiaro*, lo que quiere decir, es: *Fulano de Tal no frecuenta la misma confitería que yo y así se lo entienden*).

Releo este afabilísimo *Reloj de Sol* y una curiosidad clandestina—la misma que ha desordenado más de una vez mis lecturas de Unamuno, de Tomás De Quincey, de Hazlitt—me hace preguntar: Este hombre tan sagaz, tan inteligente de los delicados errores y de los delicados aciertos de todo escrito, ¿creerá de veras en la venerabilidad de las letras, en la perfección durante dos horas? La interrogación es íntima, ya lo sé; voceada en la mitad del día, sin un declive propiciatorio de dudas, parece lastimar el más secreto pudor de la inteligencia. Quizá fuera más posible de noche, en esas horas anónimas y alargadas que son los arrabales del alba y en que el atrevimiento de trasnochar se hace discutidor y en las que razona el desgano físico... Indecible o no, mi indiscreción es demasiado íntima para ser satisfecha por otro que Alfonso Reyes, y ése, quién sabe. A lo mejor, él mismo lo ignora. (Hay negocios demasiado íntimos y definitivos para ser tarea de nuestro pecho.)

Hay quien descrea del arte—Quevedo, barrunto, fué uno de sus mayores incrédulos—y quien aparenta negarlo y sin embargo firma libros y corrige pruebas y reivindica para sí una prioridad, como los dadaístas. Reyes bien puede asemejarse a Quevedo. Esos miramientos con Góngora, esa su piadosa tertulia de *Los amigos de Lope*, ¿no están insinuándonos que le interesa más la pregustada (post-gustada) realidad de esos escritores que la de su tan laureada escritura?—J. L. B.

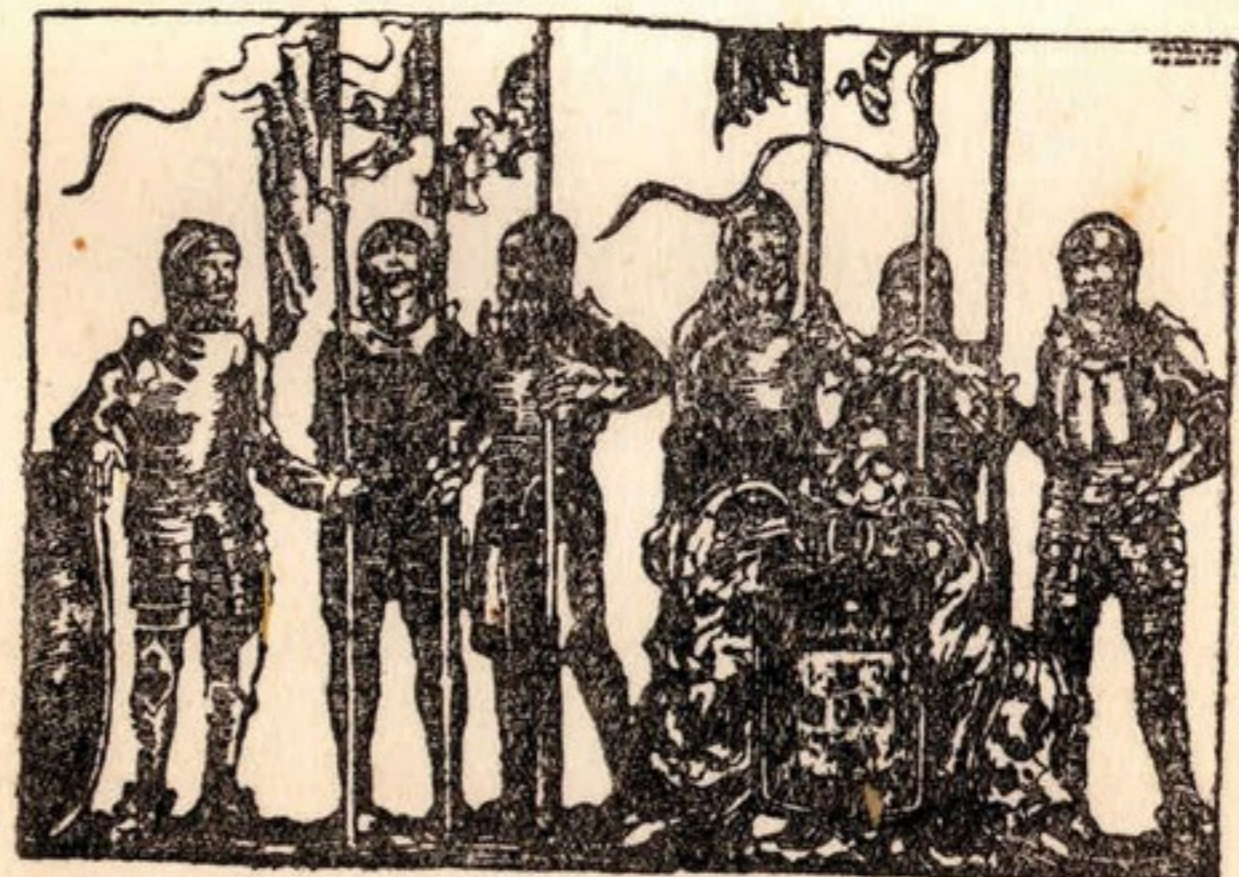
CONFERENCIAS DADAS EN EL CENTRO DE INTERCAMBIO
INTELLECTUAL GERMANO-ESPAÑOL

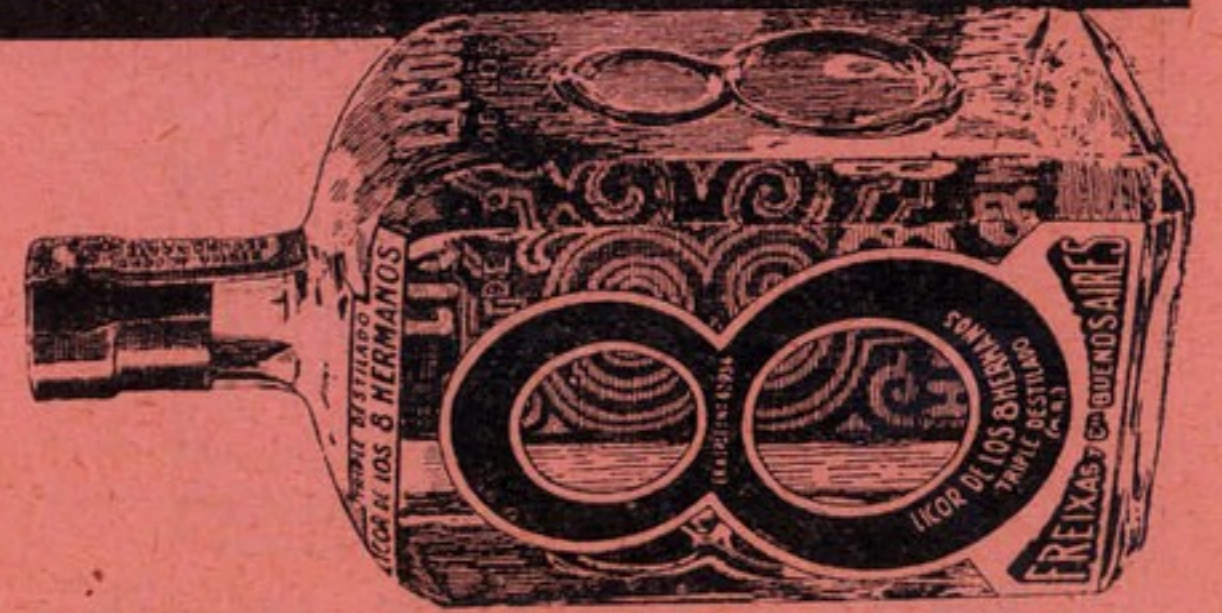
- I. *Las supersticiones en el Quijote*, por D. Francisco Rodríguez Marín.—II. *Los archivos españoles y las investigaciones histórico-literarias*, por D. Angel González Palencia.—III. *Contribución para el estudio de las bibliotecas públicas en España*, por D. Vicente Castañeda y Alcover.—IV. *Imágenes de Madrid*, por D. Pedro de Répide.—V. *La vida en los escritorios españoles medievales*, por el P. Zacarías García Villada. VI. *La colonización alemana de Sierra Morena*, por D. Cayetano Alcázar Molina.—VII. *El chascarrillo andaluz*, por el señor Conde de las Navas.—Madrid, 1926.

Existe, desde hace algún tiempo, en Madrid, un Centro de Intercambio Intelectual Germano-español. A su frente está, como director, D. Gerhard Moldenhauer, doctor en filología, por la Universidad de Halle, persona de relevantes condiciones, que no hace muchos años visitó la Argentina y dejó aquí un gratísimo recuerdo. Investigador inteligente y tenaz, preparado con la sólida cultura alemana, conocedor profundo de los países de habla hispánica, el Dr. Moldenhauer es, seguramente, una personalidad que representa ya mucho dentro del hispanismo, y se espera de él mucho más.

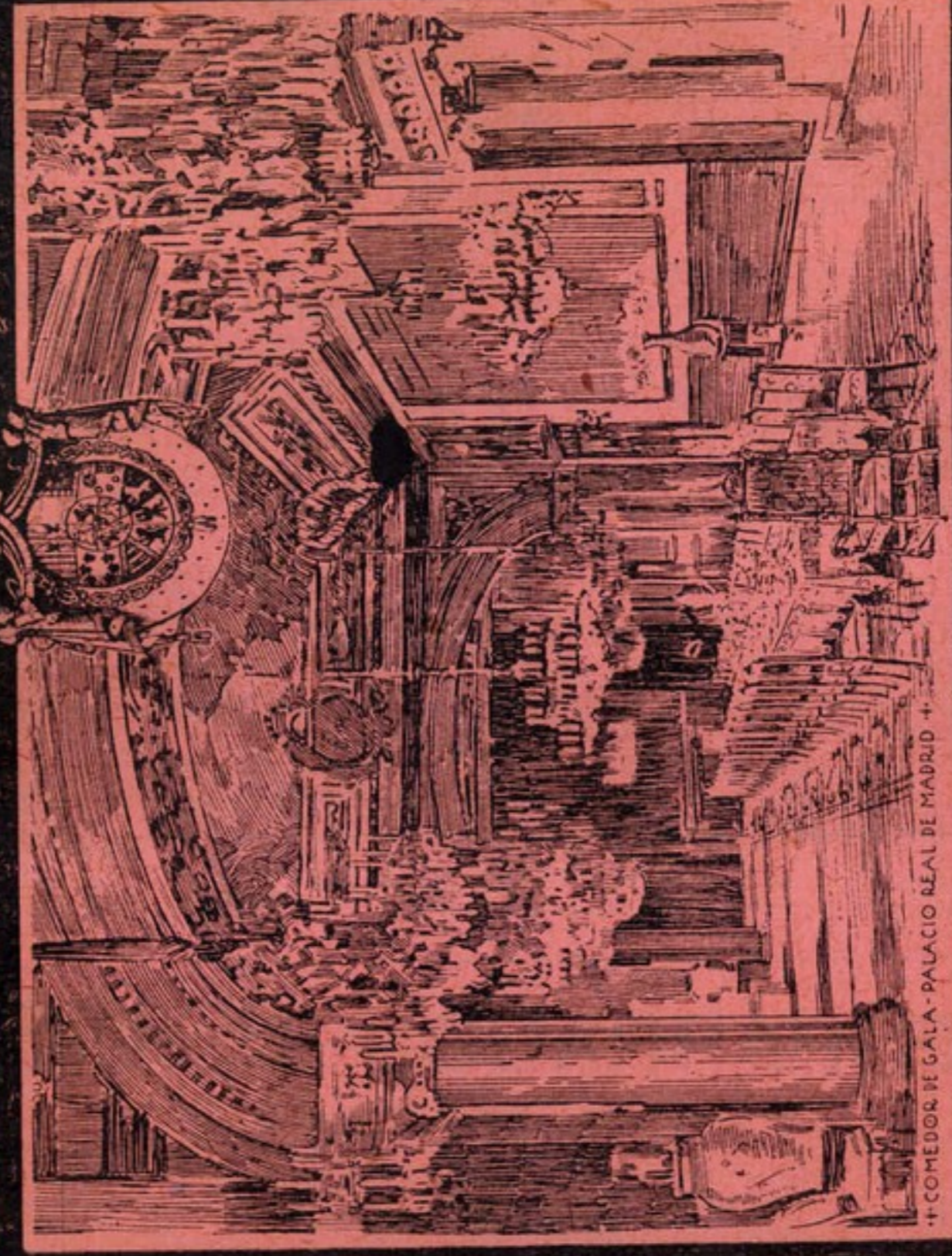
El Centro que dirige el Dr. Moldenhauer, consecuente con los propósitos que inspiran su acción, ha comenzado a publicar las conferencias que en su sede de Madrid han dado algunas personalidades españolas.

Siete folletos han llegado a nuestro poder, y cada uno de ellos es interesante por algún motivo. El primero, del eminente cervantista Sr. Rodríguez Marín, se refiere a *Las supersticiones en el QUIJOTE*. Con la gracia y amenidad características en él, estudia el autor las diferentes supersticiones de que se encuentran indicios en la famosa obra. Acerca de *Los archivos españoles y las investigaciones histórico-literarias* versa la conferencia del Sr. González Palencia, profesor de la Facultad de Letras de Madrid, y autor, juntamente con D. Juan Hurtado, de una muy notable *Historia de la literatura española*. Comienza por deshacer la creencia de que los archivos españoles no estén suficientemente estudiados. Lo están, pero falta la organización de conjunto que ponga a disposición de los investigadores el trabajo ya hecho por el personal encargado de los archivos. El Sr. González Palencia da muy interesantes detalles sobre la organización de los archivos españoles. Esta conferencia es utilísima como primera fuente de orientación para los investigadores que hayan de trabajar en aquel país. El trabajo del P. Zacarías García Villada, bien conocido por su *Paleografía española*, y por sus *Lecciones de Metodología y Crítica Históricas*, trata de "*La vida en los escritorios españoles medievales*". La aportación de este autor, como podía esperarse de quien conoce tan bien la materia, es valiosísima. La vida de los monjes que, encerrados en el escritorio de los monasterios medievales, salvaron de la destrucción tantas maravillosas obras de la antigüedad, está allí relatada con singular amenidad y colorido. Las expresiones, a veces ingenuas y conmovedoras, que los copistas han dejado en algunos códices, entre las cuales el P. García Villada ha sabido espigar con fortuna, evocan ante nuestros ojos con gran viveza la vida de un escriba medieval. Escogidas ilustraciones avaloran el texto de esta conferencia. No pudiendo alargar más esta noticia, nos limitamos a remitirnos a los títulos, copiados más arriba, de las demás conferencias, las cuales son también muy interesantes. — JUAN MILLÉ GIMÉNEZ.





LICOR DE LOS 8 HERMANOS
FREIXAS Y CIA B. AIRES



COMEDOR DE GALA - PALACIO REAL DE MADRID

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

GUIA DE PROFESIONALES

LUCIO A. ROBIROSA

ABOGADO

25 DE MAYO 267

U. T. 6574, Avenida

GUILLERMO PEÑA

ESCRIBANO

FLORIDA 470

U. T. 1358, Retiro

ALEJANDRO LURO ROCA

ABOGADO

FLORIDA 524

U. T. 0619, Retiro

JORGE H. GUERRICO

ESCRIBANO

RECONQUISTA 46

U. T. 4047, Mayo